

Dorgeval

# CHANTAJES SEXUALES



SELECCIONES ERÓTICAS



Lectulandia

La señorita Catelan es sometida a las peores abyecciones sexuales por dos camioneros. Pero detrás de su violación se oculta un plan perverso. La señorita Catelan y su socio Vic son dos consumados chantajistas, que reclutan a mujeres aparentemente puritanas y las obligan a revelar su verdadera naturaleza de ninfómanas empedernidas. Una de ellas es una esposa burguesa, que se complace en corromper a colegiales que podrían ser sus hijos. Otra es una joven estudiante inglesa con secretas tendencias masoquistas. Otra es una recatada librera que... Pero basta de pistas tentadoras. El contenido estimulante de esta novela supera todo lo que podamos insinuar aquí.

**Lectulandia**

Dorgeval

# **Chantajes sexuales**

**Selecciones eróticas Sileno - 00**

ePub r1.0

Titivillus 15-12-2017

Título original: *La jeune anglaise*  
Dorgeval, 1991  
Traducción: Aurelio Crespo  
Diseño de cubierta: Romi Sanmartí

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

**L**A mujer circulaba deprisa. El aire penetraba por la abierta ventanilla de su Ford Escort, atorbellinando algunos mechones castaños que escapaban de su moño. Los faros perforaban la noche, excavando un túnel luminoso en la autopista desierta a aquellas horas.

Encendió un cigarrillo para tranquilizarse. Sus carnosos labios dejaron una grasienta marca de carmín en el filtro. Inspiró a fondo, haciendo sobresalir sus pesados pechos. Los senos hinchaban la blusa de un modo sensual que contradecía sus ropas bastante estrictas. Era una mujer hermosa, alta y fuerte, de rostro voluntarioso. Sus largas manos, de perfecta manicura, tan cuidadas como el resto de su persona, apretaban con fuerza el volante forrado de cuero negro.

Circuló unos instantes aún, sin cruzarse con ningún vehículo, luego se metió en un área de descanso. El lugar estaba desierto, sólo un camión se hallaba estacionado allí con las luces apagadas. Sus ocupantes debían de recuperar las fuerzas para el camino del día siguiente. Se dirigió a los aseos, haciendo chasquear sus altos tacones sobre el asfalto. Sus piernas eran largas, con la fuerza bastante para estar armoniosamente torneadas.

El olor a orina le llegó de lejos, haciendo aparecer en su rostro una mueca de asco. No hacía frío, así que prefirió aliviarse en la hierba...

Sus tacones se hundieron en la tierra crasa. Se arremangó la estrecha falda a lo largo de los muslos. Llevaba unas medias negras. La palidez de la carne apareció a la débil iluminación del aparcamiento. Se bajó rápidamente las bragas y se agachó. El frescor de la noche le lamió la raja, picoteó su ano. Se abandonó; el chorro golpeó el césped con un hervor que la excitó. Estaba en mitad de la micción cuando unos rayos de luz hurgaron en su entrepierna.

Dos tipos estaban ante ella. Su linterna la cegaba, pero no cabía duda alguna de que se trataba de los ocupantes del camión.

—De modo que la señoritinga se refresca la patata —soltó uno de ellos.

Presa del pánico, quiso levantarse, pero uno de los camioneros se lanzó sobre ella.

—Termine de mear, no es bueno retenerse. ¡No se preocupe por nosotros!

Era un tipo alto y bigotudo que vestía unos vaqueros mugrientos y una camisa de lana a grandes cuadros. El otro era más joven, bajo y muy moreno. Llevaba una camiseta sin mangas y exhibía unos brazos musculosos, llenos de tatuajes.

La mujer lanzó una mirada temerosa a su alrededor, buscando ayuda.

—¡No hay nadie! —dijo el bigotudo—. Sea buena. Mee de una vez. A mi amigo y a mí nos gusta mucho ver a una burguesa meando en campo abierto.

Aterrorizada, obedeció. Tal vez luego la dejaran marchar. Los camioneros se arrodillaron, dirigiendo el haz luminoso de la linterna hacia su sexo. Estaban tan cerca que podía percibir su olor a sudor, a tabaco y cerveza. Tuvo la sensación de que

los conos luminosos le hurgaban la almeja. Tuvo que mear bajo el fuego cruzado de ambas linternas; era muy velluda, pero de todos modos se distinguían los extremos rosados de su sexo. De la raja abierta brotaba un chorro de orina amarillo.

La mujer se subió las bragas rápidamente, sin secarse. Se incorporó, se bajó la falda sobre sus redondos muslos y caminó hacia el coche. Había dejado los faros encendidos y su sombra corría tras ella, gigantesca.

El hombre alto y bigotudo le siguió los pasos.

—¿Se siente mejor la burguesa?, ¿se ha aliviado? Pues bueno, también a nosotros nos apetece aliviarnos. Tu espectáculo nos ha dado ganas. No está bien eso de enseñar el conejo a unos pobres tipos que no han visto hembra desde hace diez días...

Ella apretó el paso, sin querer correr para no precipitar las cosas. Unos metros más y... Abrió la portezuela; el tipo puso una gran zarpa sobre su mano. Los dedos eran cortos, las uñas cuadradas, sucias como si hubiera hurgado en el motor de su camión.

—Vamos, vamos, no vas a marcharte tan deprisa. Nosotros no tenemos muchas distracciones, ¿sabes?

Su aliento cargado de cerveza dio náuseas a la mujer. Soltándose, se metió en el Ford. Él no le impidió poner el contacto pero, cuando quiso dar marcha atrás, los potentes faros del enorme camión la cegaron. El más joven había ido a buscar el potente vehículo y le impedía partir.

El hombre abrió la portezuela e hizo bajar a la mujer; la arrastró hacia el camión. La tomó por las caderas y la levantó mientras el bajo y moreno la introducía en la cabina. El habitáculo era grande, podían permanecer de pie. Detrás de los asientos, un cubículo albergaba una gran cama deshecha, llena de ropa sucia. Había fotos de mujeres pegadas por todas partes, abriendo su sexo en poses obscenas. Una oleada olorosa zambulló a la mujer. Queso, salchichón, sudor, tabaco barato, esperma. Los dos tipos la empujaron hacia la cama; ella perdió uno de sus zapatos y se hizo una carrera en la media.

—Hace un momento no te has podido secar la almeja —dijo el más alto—; no tenemos papel higiénico pero, si eres buena, podríamos limpiarte con la lengua. Sin duda te gustaría.

—Claro que sí, no debe de encontrar tipos dispuestos a chuparle el conejo cada día, tiene pinta de mal jodida —dijo el más joven atrayéndola hacia sí.

La aprisionó entre sus brazos. Sus cabellos eran largos, grasientos y los llevaba sujetos en una cola de caballo. Llevaba una mujer desnuda tatuada en el bíceps.

Ella sintió que el otro le levantaba las faldas y le bajaba las bragas. Se llevó la prenda de encaje a las narices. Hundió sus bigotes en el tejido.

—Huele a meado y a coño. ¡Diríase que has empapado las bragas esperándonos!

Ella intentó gritar, pero el bajo y moreno la amordazó hundiéndole la lengua en su boca. Le dio un sucio beso, mordiéndole los labios, haciendo correr la saliva por su mentón.

El de más edad la arrancaba de su traje sastre, tirando sin precauciones de la ropa. La falda cedió. La arrojó al suelo entre colillas y restos de salchichón. El más joven seguía besándola, magreando sus pechos a través del sujetador. Hizo brotar los senos y le pellizó los pezones. El otro le abría los muslos. Se inclinó sobre su vientre y le olisqueó la almeja. Hundió su boca en los pelos negros. Ella sintió el bigote del hombre que le cosquilleaba el interior de los muslos mientras su lengua entraba en ella. La lamía de abajo arriba, hundiendo la lengua lo más posible. No se debatía ya, los dos camioneros le imponían su excitación. A pesar del miedo, aquellos hombres que le repugnaban estaban procurándole un placer abyecto.

El más joven se bajó los pantalones y le presentó la picha. Ella dejó que el enorme glande hediondo y baboso le forzara los labios. El extremo de la polla le llenó la boca, inició su vaivén. El otro tipo le había devorado el clítoris, lo mamaba, lo mordisqueaba. Sintió que le abría las piernas y paseaba su cálido glande sobre la vulva. La violó sin que ella se debatiese realmente. Un insidioso placer le hizo abrir los muslos.

Ambos camioneros comenzaron a moverse, el uno en su boca, el otro en su vagina. La rugosa manta que cubría la yacija le arañaba la espalda. Había cerrado los ojos para concentrarse mejor en lo que le estaban haciendo.

La cabina hedía a una mezcla de perfume femenino y olores masculinos. La mujer se saciaba, a pleno pulmón, de relentes de calcetines, cerveza y esperma. El olor, la suciedad del lugar le daban náuseas. Metió una mano entre los abiertos muslos del camionero joven, tomó sus cojones. Los oprimió, saboreando el contacto cálido y elástico de los grandes paquetes de carne, llenos a rebosar.

Los dos hombres gruñían, con el rostro crispado por el esfuerzo y la frente chorreando sudor. El más joven sudaba mucho, gruesas gotas caían de sus axilas, corrían por sus brazos, zigzagueando entre los tatuajes. Las ventanas del camión estaban cubiertas de vaho. Los faros de los coches que venían en dirección contraria barrían el habitáculo, iluminándolo con un halo fantasmal.

Los dos hombres eyacularon casi al mismo tiempo. Ella sintió el chorro de su esperma. El que estaba en su boca, retrocedió y descargó en su cara, manchándole las mejillas y el pelo. Se secó en sus pechos, insultándola. Luego la obligaron a limpiarles la polla, tirando de su víctima por los cabellos para guiarla. La forzaron a pasar la lengua por todas partes; y ella lamió, chupó entre los más diversos olores.

Con el moño deshecho, la ropa hecha jirones, el rostro cubierto de esperma y maquillaje, tuvo que sufrir sus asaltos durante más de dos horas. La jodieron y porculizaron varias veces. Cuando, por fin, la tiraron por la portezuela, ella tenía la sensación de que acababa de pasarle por encima todo un regimiento.

Se desolló las rodillas en el asfalto, pero no lo advirtió, su cuerpo estaba aún adormecido por el malsano placer que acababan de imponerle. El más joven le tiró su zapato.

—¡Olvidas eso, Cenicienta! ¡Vamos, hasta la vista!

**EL**N camión se alejó. La mujer recuperaba el aliento, el contacto con el suelo le hacía bien. El esperma se secaba, tirando de la piel de sus muslos y mejillas. Se levantó lentamente, se puso el zapato y se dirigió hacia su vehículo. De pronto se encendieron unos faros y un viejo 404 se aproximó, estacionando junto al Ford. El conductor hizo una señal con los faros, y la mujer se dirigió hacia él.

El hombre bajó el cristal de la ventanilla. Tenía unos treinta años, llevaba el pelo castaño peinado hacia atrás, era ancho de hombros y tenía un rostro voluntarioso. Su nombre era Victor, pero todo el mundo le llamaba Vic. Era detective privado. La joven se apoyó en el ala del 404.

—¿Está usted ahí?

—Claro, señorita Catelan. Quería asegurarme de que todo fuera bien. Y además, me he dicho que tal vez luego podría necesitarle, que querría usted contarme...

La muchacha esbozó una viciosa sonrisa, se puso frente al coche para que los faros la iluminaran de lleno. Distinguía su vientre y sus pesados pechos entre los restos de sus desgarradas ropas. No intentaba ocultarse, muy al contrario. Se quitó la falda de su traje sastre. La piel apareció muy blanca a la luz amarillenta de los faros, poniendo de relieve el negro de sus medias y su portaliqas.

—Venga, ayúdeme a lavarme.

Vic bajó, con una botella de agua mineral en la mano. Ella se agachó, en una pose obscena, como si se dispusiera a mear. Los faros del coche le iluminaban violentamente el coño, haciendo brillar las secreciones que lo empapaban. Vic adivinó los labios rosados de la vulva entre los largos pelos negros. La señorita Catelan se metió las manos en la entrepierna.

—Acérquese, Vic, venga aquí. Inclínese, quiero que usted me mire.

Su voz era ronca, sus ojos febriles. El hombre se inclinó con la botella en la mano. Un olor de humedad femenina y esperma llegó hasta él. La señorita Catelan alisó sus pelos a cada lado, despejando su raja. Se exhibía. Vic podía verlo todo. Los grandes labios vaginales, expuestos, su agujero rebosante de secreciones viscosas y, por debajo, su raya, mancillada también. Imaginó las pollas de los camioneros, las vio entrar y salir de ambos agujeros, vaciarse. Sintió que su picha se hinchaba. Pero sabía que no iba a empalmarse, todavía no.

La joven hundió dos de sus dedos en la vulva, los removió como si buscara algo y los retiró cubiertos de secreciones blancas. Vic hizo correr un poco de agua por su vientre y sus dedos, luego lo repitió. Aquello duró un buen rato. Cada vez hurgaba durante más tiempo, insistía, se manoseaba la vulva y el clítoris con la mezcla de esperma y humor. El privado dejaba caer un hilillo de agua en su pubis, el líquido corría por los pelos y, luego, a lo largo de la raja para perderse en la raya del culo.

La señorita Catelan metió su mano más abajo, entre las nalgas, se limpió el ano



como había hecho con el coño, yendo a buscar el esperma en su interior. Procedía con lentitud, haciendo que el dedo fuera y viniera con insistencia. Aquel aseo era sólo un pretexto para masturbarse ante Vic. Sus dedos se crispaban nerviosos sobre su sexo. El detective contemplaba aquella vulva abierta de par en par, iluminada por los faros, por una luz cruda que acentuaba los relieves, ampliaba los orificios. Aproximó el gollete de la botella, lo puso sobre el clítoris erguido entre los pelos. Hizo rodar la circunferencia de plástico contra aquel brote de carne, aplastándolo. La joven se arqueó gimiendo y estuvo a punto de perder el equilibrio. Se inclinó hacia atrás, se apoyó en los brazos para proyectar su vientre hacia el hombre.

—Dentro, échela dentro, acláreme el interior.

Vic introdujo el gollete entre los labios mayores, aplastó la raja obligándola a abrirse más aún. El cilindro de plástico apartó las carnes, penetró en la vulva. El orificio de la vagina se ajustó al gollete, lo tragó. Él hundió la botella. La mujer dio un respingo, arqueó los lomos para ofrecerse mejor.

—¡Húndala, vacíela en mí!

Hizo correr el cilindro de plástico. La carne rosada rodeaba el gollete, se pegaba a su alrededor como una boca obscena. Vic podía ver el interior de la mujer a través del plástico translúcido. La botella entraba y salía, hurgaba en la vulva mientras se derramaba. El agua brotaba de la vagina, resbalaba por la raya del culo antes de gorgotear en el suelo. Habríase dicho que Catelan orinaba. El detective siguió cascándosela hasta que la botella estuvo vacía. Luego, se incorporó e hizo ademán de tirar el recipiente. Ella le retuvo.

—Espere, queda un poco todavía, tengo sed.

Se levantó, se apoderó de la botella y bebió a morro. Los labios se pegaron al plástico justo en el lugar que había estado en contacto con la vulva, momentos antes. El único líquido que consiguió tragar fue un poco de humor. Luego comenzó a lamer el gollete como si hiciera una felación. Pasaba la lengua por encima, lentamente, mirando a Vic a los ojos. Se pegó a él, palpó su entrepierna en busca de la polla. Hizo una mueca al descubrir que no estaba empalmado. Se libró por fin de la botella y le tiró del brazo.

—Venga al coche, se lo contaré todo. Eso hará que se le ponga tiesa.

Se acomodaron en la trasera del viejo 404, en el destartado asiento. La señorita Catelan conocía a Vic desde hacía unos meses. Proporcionaba a ricos clientes algunas mujeres a las que había agarrado en flagrante delito de adulterio y a las que chantajeaba. Gracias a la ayuda de su cuñado, su alterno de Catelan, había descubierto que ella estafaba a la compañía de seguros para la que trabajaba. La joven jefe de oficina había caído en sus garras. Muy pronto, en vez de víctima se había convertido en cliente. Haciendo de Vic su proveedor de emociones fuertes.

Se volvió hacia Vic con un muslo en el asiento, para que él pudiera ver su vientre desnudo. Sus piernas abiertas apenas estaban protegidas por las medias de nylon negro. En una de ellas, una carrera dibujaba una larga senda.

El detective encendió la luz del techo. La débil luminosidad hizo brillar la grieta sexual de la mujer. Ella buscó en el bolso mientras Vic se desbraguetaba. Se abrió los pantalones exhibiendo una polla blanda y unos cojones cubiertos de vello oscuro. La mujer le tendió varios billetes de quinientos francos, rozó su verga con los rectángulos de papel.

—Es lo que le debo por esta noche.

Él guardó el dinero en el bolsillo de su chaqueta. Un cosquilleo recorrió su polla cuando ella murmuró: «Le daré un pequeño suplemento en especies. Voy a contarle lo que me han hecho esos cabrones».

Puso una pierna sobre el muslo de la otra para exhibirse mejor. El hombre podía ver el abierto agujero de su vulva y, más abajo, el nacimiento de su raya con la mancha sepia del ano. La mujer introdujo sus dedos en la raja, recogió su melaza y la extendió por los labios mayores. Sus largos dedos de rojas uñas acariciaban los rojos orillos de su sexo. Su respiración se aceleró, levantando los pechos que Vic distinguía entre los restos de la desgarrada blusa. El detective contemplaba el vaivén de los dedos de la mujer; parecía jugar con su vulva, aplastando los labios uno contra el otro, estirándolos luego, retorciéndolos. Con voz sorda, cargada de voluptuosidad, relató lo que los camioneros le habían hecho. Insistía en los detalles obscenos, en la brutalidad de ambos tipos, sabiendo que eso era lo que Vic prefería.

—Sus pollas eran grandes, cálidas, chorreantes. Me han obligado a chupárselas, a pasar la lengua por todas partes, por sus anchos glandes que olían a orines, por sus cojones grandes y velludos; me han obligado a lamerles el trasero, entre las nalgas, y lo he hecho. He chupado su ano, he hundido mi lengua dentro, hasta el fondo.

Vic la escuchaba inmóvil. Su picha comenzaba a hincharse, a levantarse. Sentía la presión que crecía en sus cojones. Mientras seguía hablando, ella le cabalgó, le colocó el vientre sobre la polla. Estaba frente a él, agarrada a sus hombros, con los grandes pechos a la altura de su rostro. Fue bajando hasta que la raja tocó la polla, blanda aún. La frotó por encima, cubriéndola de secreciones viscosas. Prosiguió su relato: «Me han jodido juntos, uno por delante y el otro por detrás. Me han poseído en su camión, que hedía a leche y a calcetines sucios. Sentía su gran picha que me destrozaba. Sus cojones se bamboleaban, golpeaban. Me han utilizado como a una puta y eso me gusta. Sus pollas se tocaban en mi interior, en mi vientre. Y yo estaba tan húmeda que aquello hacía un ruido obsceno».

Vic sentía que la vulva de Catelan le acariciaba la verga, los grandes labios se pegaban a su polla como una viscosa ventosa. Comenzó a endurecerse y ella pudo acentuar sus caricias. Pese al lavado, de su coño chorreaba todavía el espermatozoides de los camioneros.

—Ya viene —dijo Vic—. Siga, cuénteme todas sus cerdadas... Menee su gran almeja, llena todavía de leche, sobre mi polla. Siento su zumo, está corriendo sobre mí, tengo la picha empapada.

La señorita Catelan se agitaba por encima. Se sentó luego, aplastándole los

cojones con la raja. Tomó la polla cubierta de secreciones y comenzó a masturbarle.

—Sí, ya viene, está usted muy duro, sus cojones se han hinchado. Va a joderme usted sobre su leche, se correrá dentro de mí, me ensuciará.

Se incorporó un poco para pasear el glande a lo largo de su raja, haciéndolo penetrar a medias, luego lo volvió a sacar para aplastarlo sobre su clítoris. Conocía las perversiones de Vic; sabía que sólo podía gozar de una mujer cuando ella había recibido ya el esperma de otro. Contrajo sus muslos pélvicos, apretó como si cagara. Un hilillo de secreciones blancuzcas salió de su coño, cayó sobre la polla de Vic; comenzó a extenderlas con la vulva. La mujer se humedecía mucho; ambos sexos estaban pegajosos y relucientes. Llevada por su excitación, tuteó al detective por primera vez.

—Mira, los muy cabrones me han rellenado el coño, estoy todavía llena de leche. Y muy pronto escupirás la tuya; qué duro estás ya, vas a metérmela hasta el fondo, no quiero quedarme vacía.

Guió el glande hacia el agujero y se lo hundió en la vagina, el jugoso coño aspiró la picha con un ruido obsceno. Vic tuvo la sensación de penetrar en una boca llena de saliva porque la mujer estaba llena de secreciones. Era cálido, untuoso, líquido. Se pegó a él, empalándose a fondo en su polla. El esperma que tenía aún en la vagina chorreó de la almeja, goteó sobre los cojones de Vic. Ella comenzó a subir y bajar a lo largo de la tensa verga. Él la sintió gozar, inundarle la picha y los testículos con un licor ardiente. Eyaculó de inmediato, mezclando su esperma con el resto del de los camioneros.

Ella había aprendido a conocer a Vic, sabía lo que le gustaba y lo que de él podía obtener. Se echó hacia un lado, arrancándose de la polla cubierta de viscosa baba. Sin darle tiempo a reblandecerse, le empuñó y masturbó en aquella mezcla de esperma y melaza, hasta obtener una nueva descarga.

Fascinados, contemplaron la polla que se encabritaba, el glande violeta que se estremecía y el meato que, abriéndose, eyaculaba un largo chorro de esperma.

La señorita Catelan se inclinó sobre el manchado vientre; comenzó a limpiarlo a pequeños lametones.

Pese a la precisión de las caricias, Vic dejó rápidamente de empalmar. Las felaciones no le hacían efecto, al menos en esas condiciones. De todos modos, se dejó lamer hasta que el bajo vientre estuvo limpio.

La señorita Catelan pasó su lengua por los carnosos labios para hacer desaparecer los últimos rastros de esperma. Luego volvió a su vehículo. Vic la siguió.

La mujer se puso la ropa limpia que había tenido la precaución de llevar consigo. Vic admiraba las curvas graciosas y rotundas de su cuerpo.

—¿Quiere usted que prepare algo con Emile, mi cuñado? También podría invitar de nuevo a los dos camioneros de esta noche.

—No, ya no me excita lo suficiente. Me gustaría que encontrara usted una muchacha muy joven y, sobre todo, virgen. Me gustaría pervertirla, obligarla a las

peores obscenidades. Quisiera convertirla en una zorra. ¡Hacerla tan zorra como yo!

Los vicios que el detective le ofrecía la dejaban insatisfecha, le era preciso ir cada vez más lejos. Aquel género era bastante raro, pero Vic prometió pensar en ello. Cerró el Ford de un portazo y volvió a su vehículo.

Puso en marcha el 404. Sonrió al oír las toses del motor del viejo Peugeot. No podía decidirse a cambiarlo. Era como unos pantalones viejos, gastados, pero que llevaba muy a gusto.

Vic fotografiaba a la mujer y a su amante. Se daban la mano, discretamente, por debajo de la mesa, en la terraza del Café de Flore. El bulevar Saint-Germain estaba lleno de turistas. El detective, fingiéndose un provinciano, ametrallaba a la pareja desde todos los ángulos. Aquellos dos estaban demasiado ocupados para prestarle atención. El hombre se inclinó, buscando la boca de la mujer, ella le rechazó abriendo mucho los ojos. No quería que alguien se fijara en ellos, podía pasar por allí algún conocido.

Se levantaron, Vic le siguió por el Barrio Latino. En cuanto la pareja intercambiaba algún gesto afectuoso, él tomaba una foto. De pronto, el hombre arrastró a su amante hacia una puerta cochera, se pegó a ella. Soldaron sus bocas. Vic puso en marcha el *zoom* de su cámara. Pese a la penumbra, el marido le ofrecía un hermoso primer plano de beso.

El hombre tomó la mano de la mujer y la guio hacia su bragueta. Ella se debatió, protestó, miró inquieta a su alrededor. La calle estaba muy poco concurrida; Vic se ocultó tras una camioneta. La mujer se dejó convencer y sacó la polla de su amante. Comenzó a masturbarle con rápidos movimientos de muñeca.

Vic tomó algunas fotos; la mano de la mujer rodeando la picha, la mueca en el rostro de la amante, los brillantes ojos de la mujer; luego decidió que ya había estropeado bastante película. La muchacha no le interesaba. Era vulgar, dispuesta a que cualquier recién llegado la empitonase. No era el tipo de presa que le gustaba colgar de su panoplia de caza. Aquel asunto de adulterio concluiría de modo clásico. El cornudo recibiría un informe y una serie de fotografías comprometedoras, luego se las compondría con su voluble esposa.

A veces, Vic actuaba de otro modo. Tranquilizaba al marido sobre la fidelidad de su mujer, le adormecía con un informe falso; luego, iba a ver a la dama y la obligaba a ponerse a su servicio, sino quería que revelara a su esposo el lío que tenía.

Vic disponía así de toda una *cuadra* de esposas infieles, que alquilaba, a buen precio, a ciertos clientes que deseaban satisfacer sus fantasías con algo distinto a las profesionales de reacciones previsibles y programadas emociones.

Vic se metió en el metro, felicitándose por no haber tomado su viejo Peugeot. A aquellas horas, habría tardado una barbaridad en llegar al *faubourg* Saint-Antoine y Suzanne le habría echado una bronca por su retraso.

Bajó en Faidherbe-Chaligny. Antes de tomar por la calle Paul-Vert, se detuvo en una pastelería. La tarta de arándanos era para Suzanne, el borracho de ron para su marido Emile, las delicias de chocolate para él.

Suzanne era su hermana mayor; puritana, algo beata, se habría muerto de vergüenza de estar al corriente de los manejos de su querido hermano. Para ella, representaba el arquetipo del defensor de la viuda y el huérfano. Suzanne era una

cocinera excepcional, pero Vic no iba a verla sólo con el objeto de aumentar su índice de colesterol; había encontrado en su cuñado, el gordo Emile, un cómplice y un aliado. Emile guardaba en una caja fuerte las fotografías comprometedoras. Emile era su seguro de vida. Para compensarle, Vic le permitía probar a sus *yeguas*.

Suzanne había preparado un conejo a la mostaza. Después de comer, de acuerdo con la costumbre, se había instalado ante el folletón americano de Telecinco. Emile había arrastrado a Vic hasta su cuchitril; tenían trabajo. Oficialmente, estaban revelando una serie de fotografías de las gárgolas de Notre-Dame. De hecho, se trataba de las tomas que Vic había conseguido por la tarde y que iban apareciendo a medida que Emile zambullía las pruebas en el revelador. El gordo tomaba los clichés con sus dedos asalchichados. Bañado por la luz roja, su rostro parecía más grasiento todavía que lo normal. La iluminación esculpía su rostro de obeso, poniendo de relieve su papada y sus colgantes carrillos. Su desnudo cráneo brillaba de sudor.

En el reducto, el olor de los productos químicos reemplazaba el del conejo. Emile examinó cada fotografía, comentándola.

—Qué guarra. Mira cómo se la casca.

Vic contempló a su cuñado; jadeante, con un brillo en los ojos, el gordo estaba muy excitado.

—¡Vas a poder hacerte una buena paja mirándola! —soltó el detective.

—Sí, eso me ayudará a no seguir pensando en la inglesita.

—¿De quién estás hablando?

—De la nueva pensionista. Una joven inglesa.

Suzanne, para la que no había beneficio pequeño, alquilaba las dos habitaciones del servicio, que les correspondían, a estudiantes. Eran simples estancias sin calefacción, provistas sólo de un lavabo, dispuestas en el desván.

Vic, por lo que pudiera ser, le preguntó a su cuñado algunos detalles. La muchacha se llamaba Dorothy, tenía unos veinte años, estudiaba Bellas Artes. El gordo se permitía ciertas fantasías con ella.

—Tiene algo vicioso. No sé exactamente qué.

—Pues pásatela por la piedra. A fin de cuentas, eres su casero. Dile que le bajarás el alquiler si ella se baja las bragas.

Vic se lo había dicho bromeando, sabía que Emile protestaría con su cobardía habitual.

—Estás loco, nunca me atrevería. Si Suzanne lo supiera me haría la vida imposible.

El cerebro de Vic funcionaba a toda velocidad.

—Dime, ¿la tal Dorothy tiene amigos?

—Siempre está sola. Nunca recibe cartas, salvo de la facultad. Todos los días, después de las clases trabaja unas horas en una librería; va también los sábados y

durante las vacaciones.

—¡Caramba, qué vigilada tienes a tu protegida! ¡La sigues como un colegial enamorado!

El gordo Emile se ruborizó bajando la mirada. A la luz de la bombilla roja, parecía escarlata. A Vic se le había ocurrido una idea.

—Si me acompañaras al ático, tal vez tendría la suerte de ver a tu inglesa.

Un brillo de pánico pasó por la mirada del gordo.

—Estás loco, ¿qué voy a decirle a Suzanne si descubre mi ausencia? 7

—Tienes razón, mejor será que te quedes aquí, a fin de cuentas puedo hacerlo solo —dijo Vic, abriendo la puerta del laboratorio.

Su cuñado corrió tras él, sin olvidarse de cerrar con llave el cuchitril.

—Espérame, no sabes dónde es; mejor será que te acompañe.

El detective sonrió al ver como el gordo se quitaba las pantuflas para ponerse los zapatos. Era todo un maestro en el arte de lograr que su cuñado hiciera lo que él quería.

Tomaron la escalera de servicio y, en silencio, treparon hasta el sexto. El gordo se detuvo ante una puerta, con el dedo sobre los labios. Miró por el ojo de la cerradura y murmuró: —Ahí está, se lava antes de acostarse.

Decididamente, Emile conocía muy bien las costumbres de la muchacha. Debía de espiarla en cuanto Suzanne volvía la espalda. Vic se agachó.

Dorothy era una pequeña pelirroja, entrada en carnes sin estar gorda. Sus largos cabellos rojos enmarcaban un rostro redondo, cubierto de pecas. Tenía la piel muy blanca. Sus enormes pechos tensaban el camisón sobre su vientre.

Vic la veía de perfil. Estaba de pie, ante el lavabo, con un guante de rizo en la mano. Acababa de lavarse el rostro y los brazos. El camisón blanco le llegaba hasta los pies. Enjabonó el guante cuidadosamente, levantó el camisón con su mano libre y comenzó a frotarse los tobillos. Procuraba no levantar demasiado el camisón, como si su propia desnudez la turbara. Se incorporó, metió el guante entre sus muslos. Vic vio que la piel lechosa de sus mejillas se volvía rosa, tenía la mano entre los muslos, a la altura del sexo, bajo el camisón; el privado no la veía, pero comprendió que se enjabonaba la raja. Ella cerró los ojos y se ruborizó aún más. Permaneció largo rato con la mano libre crispada sobre la loza del lavabo y la otra agitándose en su entrepierna.

Vic cedió el sitio a Emile. El gordo presenció el fin del aseo mientras el detective reflexionaba. Se sentía encantado, una muchacha que se ruborizaba de vergüenza al masturbarse era, precisamente, lo que necesitaba él para la señorita Catelan.

Cuando su cuñado le dejó mirar de nuevo la habitación, Dorothy había terminado sus abluciones. Sus ojos brillaban y sus mejillas seguían rosadas. Parecía nerviosa. Cruzó la pequeña habitación, apenas amueblada con una cama, una mesa y una silla. En un rincón, una maleta abierta servía de armario. La inglesita abrió el tragaluz y sacó la mano. Tanteó, buscando algo en el canalón. Vic pensó que, como a muchos

estudiantes, el borde de la ventana le servía de alacena pero, en vez de una botella de leche o un poco de queso, le vio coger un cuaderno. Corrió a la cama y lo abrió. Como estaba de cara a la puerta, Vic no podía ver su contenido. Parecía un cuaderno de escolar, cubierto de un forro negro. Vic se disponía a emprender la retirada cuando la vio meter una mano bajo las sábanas. Su brazo se movía con suavidad, comprendió que estaba masturbándose mientras leía el cuaderno. Con los ojos vidriosos, se mordía el labio inferior. Los rojos cabellos y las pecas hacían que el rostro pareciera escarlata. Pero salvo por el rubor y el discreto movimiento del brazo, nada permitía averiguar lo que estaba haciendo. Con el camisón cerrado hasta el cuello, los largos cabellos rojos sujetos en una discreta cola de caballo, las sábanas subidas hasta el pecho, parecía una alumna estudiosa, repasando las lecciones del día siguiente.

Vic ya había visto bastante, cedió su sitio a Emile. Mientras regresaba al piso de su cuñado, se preguntó por el contenido del cuaderno de la joven inglesa.



Vic aguardó a que la joven inglesa se alejara, con su carpeta de dibujo bajo el brazo y un gran zurrón rectangular, de colores chillones, al hombro, antes de entrar en el edificio. Suzanne estaba en el mercado, la había visto salir tirando de su carrito de tejido escocés. Vic llamó a la puerta del piso de su cuñado. El gordo le abrió, muy extrañado por su visita. Vic le habló del *encargo* de la señorita Catelan.

—Creo que tu inquilina serviría a las mil maravillas... Pero me gustaría saber algo más de ella y, sobre todo, me gustaría visitar su habitación.

El gordo Emile movió la cabeza con un brillo de pánico en la mirada.

—Estás loco, no puedo entrar, así, sin más, en su habitación.

Vic había previsto la reacción. Su cuñado no era un temerario, pero él sabía cómo dominarlo.

—Si me ayudas y puedo meterle mano, podrás echarle un polvo. No te disgustaría, ¿verdad?

Sorprendió un fulgor lúbrico en los ojos del gordo.

—De todos modos, si no me das la llave utilizaré mi ganzúa. Lograré lo que pretendo y me la follaré sin ti.

El gordo fue a buscar la copia de la llave de la habitación.

Utilizaron la escalera de servicio y subieron al rellano de las habitaciones de servicio. Entraron en la pequeña estancia. La cama, estrecha, con un cobertor gris, estaba muy bien hecha. Por encima, clavada en la pared, una fotografía mostraba a Dorothy al pie de la torre Eiffel. El detective registró la maleta, en la que la ropa de la joven inglesa estaba impecablemente doblada. No encontró nada interesante. En la mesa había un bolígrafo con el capuchón mordisqueado, dos pasadores para el pelo y un boleto de lavandería automática. Los horarios de la muchacha habían sido pegados con papel adhesivo sobre el mueble.

—Ya ves, no hay nada interesante, volvamos a bajar —dijo Emile.

Por mucho que Emile buscara, no encontró carta alguna procedente de Inglaterra. Tampoco halló ni rastro de papeleo administrativo. No había cartilla de la seguridad social, ni ningún documento de seguro, ni hojas de paga de la librería donde Dorothy trabajaba. La habitación y su contenido le hicieron pensar en el escondrijo de un malhechor en fuga; todo era impersonal, como para proteger el anonimato de su ocupante.

En una silla había varios libros sobre esoterismo. Vic leyó sus títulos: *Vida después de la muerte*, *Los grises entre nosotros*, *La clave de los sueños*, etc.

—¡Tu inquilina es una apasionada de las ciencias ocultas! —exclamó.

—Debe de coger todo eso en la librería donde trabaja. Bueno, larguémonos —masculló Emile con aire inquieto.

—Tengo que comprobar una cosa aún.

Abrió el tragaluz y tomó el cuaderno envuelto en una bolsa de plástico.

—¿De qué se trata? —preguntó el gordo.

—Es lo que Miss Dorothy lee antes de dormirse...

Vic quitó el forro y mostró una revista de pequeño formato de título evocador: *Sexo extraño*.

—¡Joder con la niña! —exclamó Emile.

Vic hojeó la revista y la tendió luego a su cuñado, que la recorrió con los ojos brillantes. Era una publicación porno, de unas cincuenta páginas, que no contenía prácticamente texto, sólo fotos a toda página, la mayoría en blanco y negro. La mala calidad del conjunto era compensada por la rareza de los temas abordados. Podía verse a un travestido con los pechos hinchados de hormonas, la polla en erección, que estaba siendo porculizado por una mujer provista de un consolador, mientras un hombre le eyaculaba en la boca. Algunos hombres y mujeres se hacían dilatar, monstruosamente, el ano por la mano de invisibles compañeros. El cuadernillo central estaba consagrado a escenas de *bondage*. Esclavos de ambos sexos, desnudos, eran expuestos, atados como salchichones a cruces de madera, de acuerdo con un arte preciso y minucioso. Los pechos, los falos, las nalgas comprimidos por las ataduras, sobresalían congestionados. Más adelante, amos y esclavos, vestidos de cuero, armados con fustas y látigos, se entregaban a juegos sadomasoquistas.

Finalmente, la obra terminaba en una serie de fotografías consagradas a la zoofilia; se veían en ellas a algunos animales domésticos lamiendo a grandes lengüetazos el sexo que algunas mujeres les abrían con ambas manos.

El rostro del gordo brillaba de sudor, sus dedos temblaban.

—No puedo creérmelo, ¿quién podía pensar que leyera estas revistas? Ya te dije que tenía algo de viciosa...

Una fotografía llamó especialmente su atención. Mostraba un rostro de muchacha muy joven. Sus ojos estaban cerrados, pero su boca abierta de par en par. Intentaba hacer penetrar entre sus labios el enorme glande que coronaba una picha monstruosa. Teniendo en cuenta el tamaño de la polla y su color se adivinaba que era la de un *poney* o un caballo pequeño. Varias fotografías representaban a la misma muchacha lamiendo o cascando una paja a la gigantesca picha. Aquí, cubría de saliva los enormes huevos, allá, lamía la gruesa columna de carne; más adelante, la masturbaba a manos llenas. El miembro del animal era tan grande que no conseguía cerrar los dedos a su alrededor. La revista concluía con la eyaculación del *poney*. Gracias a un dispositivo ultrarrápido, el fotógrafo había captado el vuelo del esperma justo cuando se aplastaba en el rostro de la muchacha.

Emile cerró la revista; sus ojos brillaban, su respiración era jadeante.

—Me pregunto de dónde ha sacado eso la muy viciosa.

—Sin duda en la librería donde trabaja. No la veo entrando en su *sex-shop*.

Emile sacudió la cabeza.

—Esa clase de cosas no se vende en su librería. Es una tienda bastante elegante,

especializada en obras sobre lo paranormal.

Vic hojeó rápidamente la revista, buscando alguna marca de fábrica. No encontró nada, ni editor, ni nombre de autor, ni sello alguno de librería. El único indicio fueron unas palabras impresas, en caracteres minúsculos, en las páginas de guarda: *Odalortoledairerbil*.

—¿Qué significa esa jerga? —dijo Emile tomando la revista para hojearla de nuevo. De vez en cuando, inclinaba la cabeza—. ¡Pero mira eso! Cuando pienso que esa cursi de inglesa se la casca leyéndolo...

—Ya no estás impaciente por bajar —se burló el cuñado, pensando en lo que la inscripción podía significar.

Tomó el libro sobre la reencarnación y lo hojeó maquinalmente. Estaba nuevo. Dorothy lo había tomado prestado, sin duda en su lugar de trabajo pues aún había la ficha con el título y el nombre del autor. Al descifrar el nombre de la librería, el detective tuvo una iluminación.

—Dime, ¿tu inglesita trabaja en la *Librería del otro lado*?

Sin levantar la nariz de la revista, Emile asintió. Vic le arrancó la publicación de las manos.

—¡Mira! *Odalortoledairerbil*. Es un anagrama: ¡es *Librería del otro lado* al revés!

—¡Tienes razón! En tu lugar, me daría una vueltecita por esa librería. Sin duda tienen un departamento especial para adultos curiosos.

Vic devolvió la revista a la bolsa de plástico y la puso en el canalón.

—Dame la dirección, le echaré una ojeada concluyó.

VIC estaba cada vez más intrigado por la joven inglesa. La vigiló durante los siguientes días. Le hizo fotografías con el teleobjetivo y, provisto de su retrato, inició la caza. Le bastaron muy pocas gestiones para descubrir que había huido de Inglaterra y del domicilio de sus padres, y que nadie sabía que se ocultaba en París. Cubría por sí sola sus necesidades, trabajando en la librería cuando sus estudios se lo permitían.

Entre dos casos de divorcio, Vic fue a dar una vuelta por la *Librería del otro lado*. Se hallaba en el distrito VI, en la calle Monsieur-Le-Prince, junto a la esquina del Odéon. Como Emile había dicho, estaba especializada en obras esotéricas y pseudofilosóficas. Las obras de Jung se codeaban con libros de vulgarización como *¿Está su cama en el lugar adecuado?* (introducción a la geobiología), o *¿Cómo adiestrar el tigre que duerme en usted?* La fachada era de madera oscura, un cristal grisáceo protegía los libros expuestos de los rayos del sol.

Vic entró, sabía que Dorothy estaba en clase de historia del arte; había tomado la precaución de copiar los horarios que encontró en su habitación. Le sorprendió enseguida la atmósfera algodonosa del lugar. La tienda, larga y estrecha, estaba poco iluminada; robustos anaqueles de caoba, cargados de gruesos volúmenes llenaban las paredes. El techo estaba artesonado y una gruesa moqueta cubría el suelo. Aquello parecía una biblioteca municipal, reinaba allí el mismo silencio y el mismo ambiente recogido.

Por mucho que el detective miró por todas partes, no halló ninguna sección especializada en literatura pornográfica. No le sorprendió, si la sección existía, no todo el mundo podía acceder a ella... Fingió interesarse por una obra titulada *Manual de comunicación espiritual*.

Varios clientes circulaban entre los estantes, leyendo los títulos de los libros, hojeándolos. Uno de ellos discutía con la patrona del lugar, una mujer alta y morena, de aspecto altivo. Llevaba el pelo peinado en un moño y galas de fina montura dorada. Su traje sastre, gris, de sobrio corte, acababa de darle un aspecto severo. No era fea, con sus largas piernas, sus pechos generosos y su abultada grupa. Sonrió al cliente y señaló el fondo del local. El hombre se deslizó tras un biombo y desapareció. Vic devolvió el libro a su lugar y se acercó a la mujer. Sus miradas se cruzaron una fracción de segundo. Ella apartó la cabeza, colorándose bien las gafas sobre la nariz con la punta del índice izquierdo. Vic habría jurado que no tenía la conciencia tranquila. Examinando los estantes, se dirigió al lugar por donde había desaparecido el cliente. Estaba a dos pasos del biombo cuando la mujer le interpelló.

—Caballero, eso es privado.

—Perdone, he creído que había otra sala.

La mujer le devolvió la sonrisa y se ajustó de nuevo las gafas a la nariz. Le

preguntó si podía serle útil. Desprevenido, Vic explicó que buscaba una obra antigua sobre la reencarnación. La librera le mostró dos libros de páginas amarillentas y encuadernación de cuero, y un opúsculo decorado con viñetas estarcidas. Vic tomó el primer fascículo. Se habían fijado en él, si quería regresar sin despertar las sospechas de la librera tenía que congraciarse con ella... Y estaba decidido a regresar, quería saber qué se ocultaba tras el biombo. Le pidió a la librera que se lo envolviera para regalo, aduciendo que el libro era para un amigo coleccionista.

Mientras la vendedora lo hacía, fingió lanzar una última mirada a los estantes. Aprovechando que la mujer no le prestaba ya atención, se puso de puntillas y puso un aparatito en el último anaquel antes de la trastienda.

Vic salió de la librería y se dirigió hacia su vehículo, estacionado algo más abajo de la empinada calle. Afortunadamente, podía ver la entrada de la tienda. No tardó en divisar al cliente que había entrado en la trastienda. Estuvo a punto de seguirle, pero se dijo que sabría más cosas quedándose allí, gracias al micrófono electrónico que había dejado en la librería. Sacó el receptor en miniatura de la guantero y se puso el auricular en la oreja. Tomó una bolsa de cacahuetes y se instaló cómodamente.

Varios clientes entraron y salieron. Variando la potencia del micrófono, Vic podía seguir lo que decían en la tienda. Los cacahuetes le habían dado sed; se disponía a salir del vehículo cuando un hombre bajo y calvo, con un impermeable color antracita que le iba ancho, llamó su atención. Antes de entrar en la librería, miró a sus espaldas como si temiera ser seguido. Era el único cliente y Vic supo que la voz tartajeante que llegaba al auricular era la suya. No parecía conocer a la librera, se expresaba con turbación, como si se sintiera avergonzado.

—Me envía un amigo... Me ha dicho que ustedes tendrían lo que busco...

La mujer le preguntó qué especialidad le interesaba particularmente: bioenergética, astrología, parapsicología, telequinesia... y, entonces, el hombre dio una sorprendente respuesta.

—Al parecer, tienen ustedes una magnífica vista del infierno...

—Ya veo... Es por aquí —respondió la librera sin inmutarse.

Luego, Vic ya no oyó nada. Intrigado, abandonó el coche y fingió leer el periódico no lejos de la librería. Cuando el calvorota reapareció, Vic advirtió que llevaba varios libros bajo el brazo. Miró a su alrededor, como si temiera ser visto. Cuando pasó ante Vic, éste se puso en marcha con la nariz en el periódico. El detective se las arregló para golpear el brazo del hombre y hacer caer sus compras. Pidió perdón y se agachó para reparar su torpeza, pero el hombre fue más rápido. Se arrojó literalmente sobre los libros esparcidos por la acera.

—¡No es nada, no es nada! ¡Déjelo! ¡No se preocupe! —exclamó con su tartajeo.

Recogió los libros precipitadamente. Pese a su rapidez, no pudo evitar que Vic recogiera una revista consagrada a la pedofilia y metida entre dos volúmenes.

El hombre se incorporó, rojo de confusión. Furioso y molesto, siguió rápidamente su camino.

Vic le vio alejarse. Ya sabía lo que deseaba. Dentro de unos días, volvería para recuperar su micrófono y visitar a fondo la librería. De momento, tenía que acudir a una cita.

**V**IC tocó el claxon y la muchacha subió a su lado. Pelirroja, pequeña y entrada en carnes, desprendía una sensualidad animal. Tenía el rostro cubierto de pecas y una gran boca de gruesos labios. Al sentarse, descubrió sus carnosos muslos. Antes de que hubiera tenido tiempo de estirar su minifalda, el hombre le metió la mano entre las piernas.

—Déjame ver si me has obedecido...

Sonrió satisfecho al comprobar, metiendo un dedo bajo el elástico de las bragas, que la muchacha se había afeitado como le ordenara.

—De acuerdo, el cliente estará contento.

Ella se apartó. No dijo ni una palabra, contemplando el desfile de los viandantes. Nicole era una cautiva de Vic, una de sus *lleguas* como él las llamaba. Poseía una colección de fotografías en las que se la veía muy bien acompañada. Vic le había prometido no decir nada a su marido si hacía lo que él quería.

Pronto llegaron a su destino: un hotel de mala nota situado en una calleja cercana a la plaza Pigalle. La joven pelirroja se resistió a salir del coche.

—¡Venga! —ordenó Vic—. De lo contrario le mandaré a tu querido marido una de tus fotografías, aquella en la que se la estás mamando al negro, por ejemplo.

Domeñada, le siguió. Entraron en el cochambroso hotel. Vic tendió un billete al encargado. El hombre señaló la escalera.

—Primer piso, habitación ocho.

Vic hizo pasar delante a la muchacha. Tenía unas piernas redondas de pantorrillas torneadas. Sus generosas nalgas tensaban el tejido de la falda; se adivinaba el surco que las separaba.

Llamó a la habitación número ocho. Una mujer rubia con un albornoz naranja les abrió la puerta. Hizo entrar de un empujón a la pelirroja.

—Esta es Nicole, espero que será de su gusto.

Mientras la rubia la examinaba, la muchacha contempló la habitación. El papel pintado estaba amarillento y se hinchaba de vez en cuando. Dos camas gemelas habían sido colocadas una junto a otra. Un armario de pino y dos sillas completaban el mobiliario, reducido a su más estricta expresión.

La joven rubia giró en torno a Nicole, que no se atrevía a mirarla. Examinó todos sus detalles, como un tratante de ganado.

—Me parece que servirá. Veamos cómo está hecha.

Ambas mujeres se miraron en silencio. Luego, la rubia hizo un gesto de hastío.

—¡Pero bueno! ¿A qué espera para desnudarse?

Nicole sabía que no le quedaba escapatoria alguna. Resignada, se quitó la ropa. Comenzó por arriba y desnudó sus pesados pechos. Pese a su tamaño, apenas colgaban. Tenía las areolas muy anchas y oscuras, con grandes pezones. La rubia

sopesó sus tetas.

—Hermosas ubres; tal vez algo grandes para el papel, pero servirá.

Vic se instaló en una de las sillas. La mujer liberó a Nicole de su falda y de sus bragas.

—Hermoso culo. Veamos por delante.

Señaló la cama con gesto autoritario. Nicole fue a tenderse. La rubia le abrió los muslos y se inclinó sobre el afeitado sexo.

—Perfecto.

Introdujo un dedo en la raja ligeramente abierta.

—Ábrete más, levanta las piernas. Haz como una niña mala.

Nicole se agarró las rodillas y se exhibió de un modo obsceno, mostrando los bordes rosados de su vulva. Por debajo se veía el nacimiento de su raya profunda y oscura.

—Tengo que mirar bien dentro, para comprobar que estés sana.

Apartó los labios vaginales, desvelando las mucosas. Nicole estaba húmeda, el interior de su coño era de un color rojo fuerte.

La mujer se divirtió abriendo y cerrando el coño, tiraba de los labios, los apretaba uno contra otro. Luego hundió su dedo en la vagina cada vez más húmeda.

—Tengo que comprobar un detalle.

Se inclinó, sus rubios cabellos rozaron los abiertos muslos de la muchacha. La mujer dio unos golpecitos con la lengua entre los abiertos labios. Luego, pegó su boca a la vulva y hundió en ella la lengua.

—Estoy segura de que le gustarás, voy a prepararte.

Puso una maleta en la cama y buscó entre la ropa que contenía. Tardó un rato en decidirse. Por fin tendió un montón de prendas a la joven pelirroja.

—¡Ponte eso! Harás el papel de niña modelo. Tienes doce años, estás en un internado y acabas de tener tu primera regla. Te llevo al médico para que te examine.

Las mejillas de Nicole se inflamaron. El escenario le parecía grotesco. Se puso la ropa que la mujer había elegido. Unos anchos calzones blancos, abiertos por delante, y una camisola con lacitos de colores que apenas podía contener sus grandes pechos, luego una falda plisada azul marino que llegaba por debajo de las rodillas, una blusa blanca de encaje, de manga corta, unos calcetines a rayas y zapatos planos de charol.

Así vestida, parecía realmente muy joven. Para acentuar la impresión, la rubia le hizo dos trenzas.

—¿Qué le parece? —le preguntó a Vic.

—¡Una auténtica marranita! —respondió el, con el sexo hinchado ya por el aire inconscientemente perverso de Nicole.

La mujer dejó caer el albornoz a lo largo de su cuerpo y quedó por completo desnuda.

—Ahora tengo que prepararme yo. ¿Qué me pondré para acompañarte al médico?

—dijo sencillamente buscando en la maleta.



Era una hermosa mujer de pechos redondos, muy firmes, con las caderas finas y los muslos largos. Su pubis estaba poco poblado, se adivinaban los labios de su sexo por entre los escasos pelos rubios de su coño. Buscó entre la ropa, vaciló entre dos disfraces y, finalmente, optó por un negro hábito de religiosa.

—Bueno, yo seré la madre superiora. Me llamarás hermana, ¿entendido?

—Sí —murmuró Nicole.

—¿Sí, qué?

—Sí, hermana.

Satisfecha, la rubia se puso el disfraz. Era un vestido adaptado a las circunstancias. Sólo la toca parecía auténtica. El hábito negro, de manga larga, estaba abrochado hasta el cuello, pero terminaba en lo alto de los muslos, dejando ver las largas piernas de la mujer y el portaligas que sujetaba las medias de rejilla que se había puesto. La rubia completó su disfraz calzándose unos vertiginosos zapatos con tacón de aguja y poniéndose un crucifijo al cuello. Por fin se pintó los labios y los párpados de un modo muy llamativo. Desprendía un erotismo especialmente perverso.

Una vez lista, tomó un rosario y se dirigió a la puerta que comunicaba con la habitación contigua.

—Venga, querida niña. Y no se olvide de representar su papel.

—Sí, hermana —murmuró Nicole con el corazón palpitante.

**E**N cuanto hubieron desaparecido en la alcoba contigua, Vic puso una silla junto a la puerta y pegó su ojo a la cerradura.

La habitación era tan cochambrosa como la primera, el mobiliario igualmente pobre, con la diferencia de que incluía una camilla de examen ginecológico junto a la que había un hombre barbudo, de unos cuarenta años de edad, que vestía una bata blanca. De sus bolsillos salían un estetoscopio y un par de espátulas. El hombre no era médico en absoluto: se llamaba señor Lenoir y era uno de los clientes más ricos y antiguos de Vic. Pagaba a tocateja para que éste pusiera en escena los guiones eróticos que él imaginaba. La mujer rubia era su secretaria y se encargaba de todos sus asuntos, incluso de los más íntimos.

—Buenos días, hermana —dijo el falso médico.

La religiosa respondió a su saludo y empujó a Nicole por la espalda.

—¡Dígale buenos días al doctor, señorita!

—Buenos días, doctor —dijo Nicole intentando adoptar una voz de chiquilla.

El hombre se aproximó con los ojos brillantes. Tomó a Nicole por la barbilla.

—Qué niña tan encantadora. ¿Qué edad tienes, hija mía?

—Doce años, doctor —respondió la pelirroja ceceando.

El hombre le puso la mano en la mejilla, acarició su trenza pelirroja.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lenoir con voz suave.

—Nicole.

La joven pelirroja parecía entrar en el juego, se bamboleaba de un pie a otro, mirando al suelo como una niña tímida.

—Dime, Nicole, ¿trabajas mucho en clase?

—Precisamente, doctor —intervino la falsa monja—, la pequeña me preocupa mucho. Ya no estudia, se encierra en los aseos durante horas y horas, por la mañana me cuesta mucho hacer que se levante.

El hombre fingió reflexionar acariciándose la barba. Luego, palmeó el cuero resquebrajado de la camilla de examen.

—Voy a examinarla. Haga que se desnude.

—¿Has oído al doctor?

Con torpes gestos, Nicole se desnudó ante la severa mirada de la monja, que desgranaba su rosario. Cuando la muchacha se quedó en ropa interior, la arrastró hacia la camilla.

—Tiéndete ahí —dijo el doctor.

La ayudó a instalarse en la camilla, colocando sus talones en los estribos cromados. El médico, la falsa niña en calcetines y zapatos de charol y la provocadora religiosa formaban un cuadro sorprendente. En la otra estancia, Vic, tremendamente excitado, había comenzado a masturbarse.

El falso doctor palpó la garganta de su paciente. Luego fue bajando, palpó los huecos bajo las clavículas, las axilas, el vientre y las ingles.

—Todo parece correcto. Tendría que quitarse la camisola.

A regañadientes, la muchacha comenzó a desabrochar la ancha prenda. Su rostro, enmarcado por las trenzas pelirrojas, expresaba una creciente turbación. La religiosa desnudó los pesados pechos con impaciencia.

—¿No le parece que esta niña tiene un pecho excesivamente desarrollado para su edad, doctor?

—Sí, hermana, es sorprendente —dijo el barbudo tomando un seno entre sus manos.

Hundió sus dedos en la carne tierna. Luego tomó el pezón oscuro con dos dedos y lo pellizcó, lo estiró, lo retorció.

—La glándula mamaria está desarrollada como la de una mujer de veinte años —comprobó—. Y el pezón responde perfectamente a los estímulos. Mire cómo se endurece, hermana.

Para comprobarlo, la religiosa se apoderó del otro pecho y le propinó el mismo tratamiento. Nicole les dejaba hacer, con el rostro escarlata. Ambos comparsas la magrearon largo rato, prosiguiendo sus hipócritas comentarios.

Luego, el médico paseó el helado extremo de su estetoscopio por el pecho de la paciente, insistiendo en los senos, que se cubrieron de carne de gallina. La religiosa observaba cada uno de sus gestos mientras manoseaba el rosario con sus manicurados dedos de uñas muy rojas.

El falso médico se metió de nuevo el estetoscopio en el bolsillo. Puso las manos planas sobre el vientre y palpó toda la superficie, metiendo los dedos bajo el elástico de las bragas. Nicole se dejó magrear clavando los ojos en el pecho. Sus pechos subían y bajaban rápidamente, al compás de su acelerada respiración.

—El vientre es flexible. Veamos el aparato cenital.

Al oír esas palabras, Nicole cerró las piernas. La monja le azotó el muslo con el rosario.

—Vamos, déjele hacer, señorita. ¡Tenemos que examinarla!

Enrolló el rosario en su muñeca derecha y, luego, abrió con un gesto enérgico las rodillas de la paciente. Tanteó entre los muslos, desbrochando los botones que cerraban las bragas. Abrió de par en par la prenda, exhibiendo el vientre afeitado de la pseudo-niña. La camilla estaba frente a la puerta y Vic percibía la vulva rosada por entre los faldones de la prenda.

El médico se inclinó entre los muslos, manoseó los pliegues del sexo. Nicole quiso cenar los muslos, pero la religiosa la sujetaba con firmeza. El hombre tiró de los labios vaginales, despegando el uno del otro, y movió la cabeza con aire pensativo.

—Hermana, voy a necesitar su ayuda. Tengo que comprobar algo. Me molesta pedir eso a alguien como usted, pero ¿puede mantener abierto el sexo de la niña?

Lenoir se agachó ante la camilla de examen, entre los pies de Nicole, con el rostro a la altura de su sexo.

La religiosa abrió los labios mayores. Hizo penetrar la punta de sus dedos en la vulva, para poder abrirla aún más. El médico, al igual que Vic, podía ver el dilatado orificio de la muchacha.

—Es lo que me temía —dijo el barbudo—, la pequeña ya no es virgen.

La religiosa fingió estar indignada.

—¡Sin duda está usted equivocado!

—Compruébelo usted misma, hermana.

La mujer hundió dos dedos unidos en la vagina de la muchacha, los hizo ir y venir.

—¡Pero si tiene usted razón! ¡Y además está empapada! ¿Cómo se lo habrá hecho?

Mientras hablaba, hurgaba en el coño de Nicole cuyo rostro comenzaba a revelar el placer. Luego, la falsa religiosa ayudó al barbudo a quitarle las anchas bragas. La muchacha ya sólo llevaba los calcetines a rayas y los zapatos de charol.

Ambos cómplices se inclinaron sobre el imberbe pubis. El hombre hundió sus dedos en la vulva que permanecía entreabierta. Los hizo girar palpando las paredes de la vagina.

—Lo habrá hecho con una vela o con una zanahoria.

Extendió el humor que manchaba sus dedos por los labios mayores. Luego hizo resbalar el índice hasta el clítoris, untándolo de secreciones. Por efecto del masaje, el capullo de carne comenzó a endurecerse. El hombre lo hizo rodar entre sus dedos, arrancando un gemido de placer a su paciente.

—¡Su clítoris es muy grande! ¡Hace mucho tiempo que esta niña practica el placer solitario!

—¡Perdida! ¿No te da vergüenza? —exclamó la religiosa sacudiendo a Nicole.

La muchacha comenzó a lloriquear, Vic fue incapaz de decir si estaba haciendo comedia o era sincera. El barbudo le aplastaba el clítoris haciéndola jadear de placer entre gemidos.

La falsa monja comenzaba a sentirse excitada. Se frotó contra el hombre, aprisionando uno de sus muslos entre sus largas piernas.

—Hijo mío, hay que hacer algo para devolver a esta pecadora al recto camino.

—Tal vez podríamos expulsar el mal con el mal.

El falso médico seguía masturbando a Nicole, que se agitaba sobre la camilla, sus trenzas rubias bailaban alrededor de su rostro.

La religiosa se apretujó contra el médico. La corta falda de su hábito negro se levantó, revelando un tanga de encaje negro cuyo cordón, atrapado entre las nalgas, era invisible. El barbudo mostró la abierta raja.

—El modo más seguro de calmarla es darle lo que pide.

—Tiene usted razón, doctor.

El barbudo se abrió la bata y se quitó los pantalones. Mostró su sexo a media erección.

—¡Eso es lo que necesita!

La religiosa tomó la verga en sus manos. El barbudo arqueó los lomos para tendérsela. Sus cojones golpearon la muñeca de la monja, en la que había enrollado el rosario.

—¿Podría lograr que ese objeto fuera más duro y más grande, hermana?

—Claro, hijo mío; dígame sólo cómo proceder.

Ambos cómplices se abandonaban a su delirio, olvidando a Nicole, que les miraba asustada. Lenoir ponía su polla en la mano de la mujer, que comenzaba ya a masturbarle lentamente. El falso médico metió una mano bajo la falda para acariciarle las nalgas.

—Hermana, sería necesario zambullir el objeto que sujeta usted en una cavidad cálida y húmeda, parecida al interior del sexo de la niña.

—Pero ¿dónde puedo encontrar una cavidad semejante, hijo mío? —preguntó la religiosa manoseando la polla que crecía cada vez más.

—Es muy sencillo, hermana, basta con que use usted la boca.

Y al decirlo, el barbudo metió la mano entre las nalgas de la mujer. Le acarició la raya, insistiendo en el oscuro ano que Vic podía percibir entre ambos globos. La pseudo-religiosa se dejó magrear con complacencia; luego se agachó ante el vientre del hombre.

—Lo que me pide, hijo mío, me resulta muy costoso, pero para redimir esta alma pervertida estoy dispuesta a sacrificarme.

Descapulló el glande y se lo metió en la boca. Sus labios, exageradamente pintados, se cerraron sobre el cilindro de carne. Estaba muy excitante, con su falso hábito de monja arremangado por encima de su carnoso culo. Vic se masturbaba sin perder un ápice del espectáculo.

Mientras la mujer le chupaba, el barbudo comenzó a lamer la vulva de Nicole. Vic ya sólo oía rumores de succión y lametones, entrecortados por los gemidos de Nicole. Luego, el falso médico se incorporó.

—Creo que estoy listo, hermana.

—Voy a ayudarle —dijo la religiosa ajustándose la toca.

Tomó la verga reluciente de saliva y dirigió el glande hacia el sexo de Nicole. Abrió los labios mayores, llenos de melaza, con la punta de la polla. El barbudo empujó y su picha se zambulló en la dilatada vulva. Comenzó a joder a Nicole, asestándole lentos y profundos pistonazos. La religiosa se había metido la mano en el tanga y se masturbaba mientras le magreaba los cojones.

—¡Vamos, más fuerte, hijo mío! —le alentaba.

Se masturbaba cada vez más deprisa. Sus dedos chapoteaban en el coño. Su toca resbaló hacia atrás desvelando los cabellos rubios. El crucifijo que llevaba al cuello bailaba entre sus pechos.

El hombre se agitaba cada vez más entre los muslos de Nicole, con las manos agarradas a sus caderas.

Le daba violentos pistonazos que sacudían la camilla. Los grandes senos de la muchacha temblaban en su busto.

Finalmente, el barbudo eyaculó rugiendo mientras la religiosa, que había perdido su toca, le oprimía los cojones para ayudarle a vaciarse.

Un cuarto de hora más tarde, Vic estaba sentado ante una caña, en un café de la plaza Pigalle. Frente a él, el señor Lenoir. Se había quitado la bata y llevaba un traje con chaleco. Ninguno de los consumidores instalados en el bar habría podido sospechar que, hacía unos pocos minutos, estaba jugando a médicos con una monja lúbrica.

El hombre tendió a Vic un sobre lleno de billetes de banco. Por lo general, aquel tipo de negocio se hacía entre dos puertas, en un silencio más bien molesto. Pero el barbudo había insistido en invitar al detective a tomar una copa. Éste adivinó que el hombre quería pedirle algo.

—Voy a parecerle extraño —atacó Lenoir.

—Nunca juzgo a nadie. Sobre gustos no hay nada escrito. Yo mismo tengo una sexualidad... digamos que tortuosa.

Lenoir bebió un largo trago de cerveza. Con el dorso de la mano se secó la espuma pegada a los pelos de su barba.

—Tal vez se pregunte usted de dónde me viene esa afición por las niñas pequeñas —prosiguió—. Estoy casado, amo a mi mujer que corresponde a mi amor, pero nunca hemos podido tener hijos a pesar de nuestros esfuerzos. Toda nuestra sexualidad ha girado alrededor de un hijo que no teníamos. Creo que se ha convertido en una fijación, y hoy sólo puedo gozar si imagino que estoy haciendo el amor con una niña muy joven.

Vic hizo una mueca. El estado de ánimo de sus clientes no le interesaba.

—¿Por qué me cuenta usted eso?

—Porque no consigo ya hacer el amor con mi mujer. Lo que me preocupa es que ella parece soportarlo muy bien. Temo que tenga un amante. Es usted detective, ¿aceptaría vigilarla?

Vic no se lo pensó mucho. Cualquier nuevo caso era bueno. Y además, Lenoir era un cliente muy bueno, un hombre que sabía pagar con generosidad los servicios que recibía.

—De acuerdo. Hábleme de su mujer.

El barbudo le tendió otro sobre, de gran formato y papel grueso.

—Le he preparado un *dossier*. Creo que encontrará aquí todo lo que necesita saber.

Los siguientes días, Vic tuvo que vigilar a la mujer de un jefe de gabinete del ministro de comercio exterior, de la que su marido sospechaba que jugaba en casinos clandestinos. Tuvo de todos modos tiempo de dirigirse a la calle Monsieur-le-Prince para escuchar lo que se decía en la librería gracias al micrófono que había dejado allí. Estacionaba lo más cerca posible de la tienda y aguardaba, con el auricular en la oreja. Mientras estaba de vigilancia, Dorothy fue a trabajar dos veces. Ambas mujeres hablaban poco y no demostraban complicidad alguna. Las pocas veces en que la librera dirigía la palabra a la muchacha era para darle una orden, cortante y breve. Cuando no había clientes en la tienda, la librera se mostraba titánica, abroncando a la joven inglesa por una nadería, obligándola a pasar el aspirador, a quitar el polvo de los anaqueles. Vic había descubierto que la librera, que se llamaba señora de Saint-Algue, aprovechaba la situación ilegal de la muchacha para explotarla. Vic la escuchó varias veces prohibiendo a Dorothy pasar al otro lado del biombo.

En la cabeza del detective comenzaba a surgir un plan. Al cabo de una semana, se puso en contacto con la señorita Catelan para comunicarle que había encontrado una joven inglesa con la que podría satisfacer sus fantasías. Le hizo llegar un juego de fotografías de Dorothy, y la señorita Catelan le respondió que estaba encantada con su hallazgo. Vic podía poner en marcha su plan.

Cierto día, mientras Dorothy estaba en clase, se presentó en la librería cuando la patrona iba a cerrar, a mediodía. Reconociéndole, le dejó entrar.

—¿Su amigo el coleccionista quedó contento con el regalo que le hizo? —preguntó en un tono obsequioso.

Vic pensó en el fascículo, envuelto todavía, que debía de estar, junto a otros desechos, en el suelo del 404.

—Le encantó. Imagínese que es uno de sus clientes. Me confesó que obtenía aquí algunas obras, algo especiales, que también me gustan mucho.

—Dígame de qué se trata y haré lo posible para satisfacerle —repuso como si no comprendiera de qué se trataba.

Vestía igual que la primera vez, con el mismo aspecto severo, el mismo moño, el mismo traje, salvo que el de hoy era de color habano. Con el índice izquierdo se colocó bien las gafas en la nariz. Miraba a Vic con desconfianza, pero se relajó cuando hubo pronunciado la misteriosa frase oída gracias al micrófono. *Al parecer tienen ustedes una magnífica vista del infierno...*

La librera le sonrió señalándole el fondo de la tienda.

—Por aquí...

Pasaron tras el biombo, la mujer abrió una puerta que daba a una escalera que llevaba al sótano. Encendió la luz e indicó por señas a Vic que bajara.

—Si me necesita, no vacile en llamarme.

Bajó por la escalera de caracol y se encontró en un sótano redondo, dispuesto como una biblioteca. Al igual que en la planta baja, el lecho era de marquetería y el suelo desaparecía bajo una gruesa moqueta. En el centro de la estancia había un gran puf cubierto de terciopelo granate, montado sobre patas de cerezo esculpido. Una iluminación invisible y suave daba al lugar un aspecto insólito.

Vic recorrió los estantes. Había acertado; se hallaba en *el infierno*, nombre que se daba, en las bibliotecas, al lugar donde se guardaban los manuscritos licenciosos. Allí sólo había libros pornográficos. Parte de los anaqueles estaba consagrada a las obras antiguas: primeras ediciones, tirajes fuera de serie, libros dedicados... Vic descubrió un ejemplar de las *120 jornadas de Sodoma*, de Sade, anotado por la propia mano de su autor.

Más allá, las obras eran recientes, con abundantes fotografías en color. Junto a libros de lujo para bibliófilos, impresos en papel de hilo, se veían numerosas colecciones de revistas, extranjeras en su mayor parte, consagradas todas ellas a desviaciones sexuales particulares. Vic tuvo una intuición y examinó los títulos de las colecciones. No tardó en encontrar la serie de *Sexo extraño*. Hojeó algunos ejemplares; en cada uno de ellos descubrió la misma inscripción extraña: *Odalortoledairerbil*. Se trataba del ex-libris, la marca de la casa. Buscó sin éxito el número que había visto en la habitación de Dorothy. Sin duda, la joven inglesa había desobedecido a su patrona y había entrado en la habitación. Incluso se había llevado un recuerdo.

Vic se dirigió hacia la puerta, apretó el botón coronado por un pequeño cartel que representaba una campana. La librera apareció casi enseguida. Mientras bajaba los últimos peldaños de la escalera, el hombre admiró sus largas piernas enfundadas en finas medias negras con arabescos arácnidos.

—¿Ha elegido ya? —preguntó la librera.

—Casi. Busco el número 10 de la revista *Sexo extraño*.

—Pues está la colección completa —dijo la mujer pasando revista a todos los fascículos—. Creía tenerlo. Aguarde, voy a mirar en la reserva.

Sacó de su bolsillo una llavecita colgada de una cadena de oro y se disponía a inclinarse hacia el compartimento, provisto de puertas, de una de las estanterías. Pero Vic le evitó el trabajo.

—Creo que tendrá más posibilidades de encontrar el número si registra las cosas de Dorothy, su vendedora.

La mujer le hizo frente, desconcertada. Se subió las gafas con un gesto maquinal.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la encontré registrando su habitación.

Ella dio un respingo.

—¿Que ha registrado su habitación? Pero ¿quién es usted?

Vic eludió la pregunta, miró lentamente la habitación, con las manos en las



caderas. Incluyó la cabeza.

—Hay aquí lo bastante para que la condenen por incitación al libertinaje y por unos cuantos motivos más, señora de Saint-Algue.

La mujer se había puesto lívida, sus manos temblaban. Con voz descompuesta, le preguntó a Vic si era de la pasma.

—No, pero no necesito serlo para ponerla a usted a caldo.

Ella le miró con los ojos muy abiertos. Vic se divirtió ante su aire asustado. Guardó silencio, dejándola a la expectativa.

—¿Qué desea usted? —acabó preguntando Dorothy.

—No gran cosa. Algo de su tiempo. Si acepta usted ser mía una hora, de vez en cuando, no le hablaré a nadie de su pequeño negocio.

Ella pareció aliviada ante aquel arreglo.

Sin embargo, preguntó con un poco de angustia en la voz: —¿Y qué me hará usted?

—No lo sé todavía, lo que se me ocurra. ¿Acepta?

La librera lo pensó unos instantes, luego asintió con la cabeza. Vic tomó una de las revistas y la abrió al azar.

—Veamos si está dispuesta a obedecerme.

Puso la revista ante las narices de la mujer.

En una doble página, una joven negra sufría los asaltos viriles de media docena de hombres blancos. Uno de ellos estaba debajo de la muchacha y la porculizaba mientras otro la jodía. Otro le hundía la polla en la boca. Los demás se masturbaban encima de ella, entre sus pechos, en sus cabellos, contra sus mejillas o sus muslos.

Vic volvió la página. La fotografía era idéntica, salvo por un detalle: todos los hombres habían eyaculado. La piel de color café con leche de la muchacha estaba surcada por largas esteras de esperma. Tenía por todas partes, en el pubis, en la vulva, en los labios, en sus crespos cabellos, en los párpados, entre los pechos...

—Debe de excitarla vender cosas semejantes —dijo Vic agitando la revista ante el enrojecido rostro de la señora de Saint-Algue—. Por ejemplo, estoy seguro de que, en estos momentos, tiene ganas de masturbarse, ¿no es cierto?

La librera agitó la cabeza de izquierda a derecha y se subió de nuevo las gafas con el índice. Respiraba más deprisa, su pesado pecho tensaba la blusa de seda blanca.

—Vamos, no mienta. Veo muy bien que está excitada. Haga como si yo no estuviera, másturbese.

Un brillo de pánico pasó por los ojos de la librera. Quiso protestar, pero comprendió que era inútil. El hombre no se dejaría convencer. Se puso la mano en el vientre y fingió acariciarse a través de la falda. Vic sacudió la cabeza, hojeó la revista y mostró a la librera la foto de una mujer desnuda, con los muslos abiertos de par en par, que se masturbaba hundiendo los dedos en su sexo.

—Quiero verla masturbarse así, señora de Saint-Algue. Vamos, arremánguese la falda, que yo pueda ver sus dedos y lo que están haciendo.

La librera le lanzó una mirada desolada, luego tomó el orillo de su falda y lo levantó lentamente, descubriendo sus largas piernas enfundadas en seda negra.

—Sabe usted hacer durar el placer —se burló Vic—; hace bien, es más excitante. Alto ahí, espere un poco antes de seguir. Continúe ahora... Hum..., lleva medias, ya sabía que era usted refinada.

La librera se ruborizó al oír los obscenos comentarios que, sin embargo, le hacían efecto; se calentaba, su respiración se hacía jadeante, sus ojos brillaban. Vic la contempló mientras ojeaba maquinalmente la revista. Aquel juego vicioso le excitaba mucho, su sexo estaba en erección.

—Enséñeme ahora sus bragas.

Se levantó la falda de su traje sastre, descubriendo el portalingas oscuro que enmarcaba unas minúsculas bragas rojas rodeadas de encaje negro.

—La señora lleva lencería de puta —se extasió—, ¿quién lo hubiera dicho? Es usted muy mala, señora de Saint-Algue, mire en qué estado me ha puesto. ¿Les hace el mismo efecto a sus clientes?

La librera se ruborizó más aún. Él le indicó la banqueta.

—Venga a sentarse aquí, estará más cómoda para enseñármelo todo. Eso es, abra las piernas; ¡vamos, abra las piernas! Bien. ¡Ahora, magreese!

La librera estaba sentada con la falda arremangada hasta la cintura. Vic la había obligado a poner una pierna en el asiento de terciopelo, para que pudiera abrir al máximo su entrepierna. Paseó una mano vacilante por el triángulo rojo que ocultaba su sexo. Vic la alentó.

—Haga como si estuviese sola. Vamos.

Los largos dedos manicurados, llenos de anillos, se pusieron en movimiento, arrastrando el tejido de las bragas hasta la grieta sexual. Vic mostró la revista que no había dejado de ojear. Se veía a una niña que llevaba sólo unas bragas rajadas y a la que un negro estaba jodiendo. La enorme columna de carne oscura se introducía entre los restos de la prenda y abría los labios mayores de la niña.

—Eso es lo que necesita, ¿no? Aguarde, voy a retocar su atavío.

Sacó un portaplumas de su bolsillo y, con gesto vivo, hizo brotar la hoja. Cuando se inclinó sobre el vientre de la librera, ésta hizo ademán de retroceder. Pero la tranquilizó prometiéndole que no le haría mal alguno. Tomó el fondo de las bragas y comprobó, con satisfacción, que estaba empapado.

—¡Ha mojado sus braguitas, señora de Saint-Algue, eso no está bien! Es usted una marrana.

Hundió la punta del cortaplumas en el fondillo de las braguitas, rajándolo por la mitad. A pareció el vello castaño de la librera. Estaba bien provista y sus pelos sobresalían de la raja que Vic había hecho.

—Ya está —dijo guardando la navaja—, ahora podrá divertirse sin molestia alguna. Solo me queda encontrarle una pose muy guarra.

Hojeó la revista y mostró la fotografía de una mujer, a cuatro patas, que estaba

chupándosela a dos hombres al mismo tiempo. Se veía su culo en primer plano. Sus nalgas separadas permitían ver el orificio de su ano; por debajo se distinguían los bordes de su vulva.

—Vamos, haga como ella. Arquee los lomos, haga sobresalir su culo. Abra bien las piernas, que pueda ver su conejo por debajo. ¡Sí, así! ¡Parece una perra en celo!

La librera obedecía las órdenes de Vic. La falda arremangada y las bragas rotas formaban un extraño contraste con la parte de arriba, impecable, de su atavío. El hombre insistió en que su víctima abriera sus rajadas bragas mientras se masturbaba. De ese modo podía ver el jugoso coño entre los largos pelos negros.

—Ponga un pie en la banqueta —ordenó Vic—. Abra bien las piernas y mastúrbese de verdad. ¿No estará fingiendo?

Con la rígida polla sobresaliendo de sus pantalones, se tendió sobre el bajo vientre de la librera para tener el abierto coño sobre sus ojos. Veía los largos dedos de uñas rojas hundiéndose en la viscosa raja. La señora de Saint-Algue se abandonó a su masturbación y, sin que se lo pidiera, hurgaba cada vez a mayor profundidad. De vez en cuando, sacaba los dedos cubiertos de melaza y se pellizcaba largo rato el clítoris.

Vic gozaba por la dominación que había impuesto a la librera, si lo hubiera hecho de buen grado, no se habría excitado tanto. Le ordenó que se tendiera de espaldas.

Ella obedeció precipitadamente, frustrada al tener que interrumpir el placer que estaba sintiendo. Lo aprovechó para subirse de nuevo las gafas. Él se colocó entre sus muslos con la polla en la mano. La mujer creyó que iba a penetrarla, pero se limitó a masturbarse por encima del coño del que rebosaba un espeso humor.

—¡Cáscatela! —dijo Vic entre dientes—. ¡Date gusto! ¡Deprisa, no hagas trampa!

Sin apartar los ojos de la polla, la señora de Saint-Algue hundió dos dedos unidos en su vagina. Los hizo ir y venir con viscoso ruido, mientras se aplastaba el clítoris con el pulgar. Vic la contemplaba masturbándose vigorosamente. Sus cojones se bamboleaban sobre el pubis de la mujer. Tendida de espaldas, con las piernas muy abiertas, ella hurgaba cada vez más deprisa. Mantenía la cabeza levantada para poder contemplar la polla del hombre. Parecía fascinada. De vez en cuando, se arqueaba para que la picha entrara en contacto con su raja. Vic comprendió que quería que la penetrara, pero no le dio ese gusto. Quería que siguieran masturbándose hasta gozar.

—¡Desabróchate la blusa! ¡Deja que vea tus tetas! —ordenó.

Con gestos apresurados, desnudó ella sus pechos arrancando, de paso, un botón de su corpiño. Con la mano libre apartó el sujetador y, mientras seguía meneándosela, comenzó a magrearse los pechos.

—Te gusta manosearte las tetas, ¿eh? Tienes tus grandes pezones duros. ¡Harás que me corra, guarra! —gritó Vic en el colmo de la excitación—. ¡Mira, voy a rociarte los dedos y la almeja!

Arqueó los lomos y dirigió el chorro hacia la raja de las desgarradas bragas. Su esperma aterrizó en los pelos oscuros, sobre los dedos de la señora de Saint-Algue.

—Cáscatela con mi zumo, métetelo por todas partes. ¡Date brillo con eso, guarra!

Demasiado excitada para contenerse, la librera recogió el esperma con sus dedos y se acarició con él el clítoris. No tardó en retorcerse, también, de placer, mientras Vic se secaba el glande en sus medias, dejando unas huellas blancuzcas.

Se abrochó. Pero la señora de Saint-Algue permaneció en la misma posición, con las piernas abiertas y la mano en el vello manchado de esperma. Lo que Vic le había obligado a hacer la había excitado tanto que seguía masturbándose, olvidando cualquier pudor.

Vic la vio acariciarse a través de las desgarradas bragas. Antes de partir, le hizo una recomendación: —Dentro de unos días le pediré un favor. Pero, hasta entonces, quiero que actúe con Dorothy como si nada hubiera ocurrido. Debe ignorar por completo nuestro pacto. Y usted actuará como si ignorara que le ha robado una revista. ¿Comprendido?

La librera asintió con los ojos vidriosos y los dedos hundidos en el coño. Estaba a punto de volver a gozar. Vic le lanzó una sonrisa despectiva antes de abandonarla.

**G**RACIAS a la foto que le había dado el marido, a Vic no le costó identificar a Armande Lenoir cuando salió de su casa. Era una mujer morena, esbelta, elegante, de largos cabellos castaños que llevaba sueltos sobre los hombros. Vestía un traje sastre verde, muy elegante, con zapatos y un bolso de cuero a juego.

Los Lenoir vivían en el distrito XVII, en la plaza del Maréchal Juin, en un gran apartamento cuyas ventanas daban a Albert-Bestard. Armande Lenoir tomó la avenida de Villiers. Vic siguió tras ella. Parecía pasear, deteniéndose delante de cada tienda. Tomó la calle Cardinet y se paró ante la librería que hacía esquina con el bulevar Malesherbes. Contempló las obras expuestas en el escaparate. Parecía esperar a alguien pues Vic la veía lanzar frecuentes miradas a su reloj de pulsera. Se volvió por dos veces hacia el liceo Carnot, que ocupaba la esquina opuesta del cruce. El detective pensó que su marido había acertado y que, efectivamente, tenía cita con un amante.

Cuando los primeros adolescentes salieron del liceo, cruzó la calle y se mezcló con ellos. Buscaba a alguien como una madre que esperara a su retoño a la salida de la escuela. Y sin embargo, los Lenoir no tenían hijos. Vic se sentía intrigado por los manejos de la mujer. Se acercó a un alumno, un muchachito rubio, y se lo llevó aparte. Comenzaron a hablar. Vic creyó comprender que estaba pidiéndole que la siguiera. El alumno se encogió de hombros y dijo no con la cabeza. Entonces la mujer señaló a un grupo de adolescentes que discutían algo más lejos. El rubio negó de nuevo. Entonces, Armande sacó algo de su bolso de cuero y se lo tendió discretamente al adolescente. Vic pensó en los vendedores de droga que actuaban a la salida de los colegios, pero la cosa no se sostenía, aquella mujer elegante no era un camello.

El muchacho miró a su alrededor antes de embolsarse lo que ella le ofrecía. Habló todavía unos instantes y, luego, el rubio se separó de ella para ir a buscar a uno de los muchachos del grupo. Ambos jóvenes discutieron en voz baja. El rubio señaló a la señora Lenoir, que aguardaba. Tras un minuto de conversaciones, el rubio dirigió una señal de cabeza a la mujer, que se puso en marcha. El segundo adolescente la siguió a cierta distancia, con pasos inseguros.

Vic corrió tras la mujer, que había cruzado el bulevar para tomar por la calle Viète. Llegó justo a tiempo para ver cómo se metía en un edificio de estilo Haussmann. El adolescente entró tras ella. Vic apretó el paso, lanzó una mirada y vio que el alumno cruzaba la puerta de un apartamento de la planta baja. El zaguán del edificio estaba desierto, la jaula de la portera estaba más lejos, frente al hueco de la escalera. Vic entró y contempló la puerta que acababa de cerrarse. No había nombre, no había buzón.

Durante los siguientes días, por la tarde, Vic se ocupó de la salida del liceo

Carnot. Por dos veces volvió a ver a Armande Lenoir. Cada vez habló con algún muchacho y se lo llevó hacia la calle Viete. Permanecían juntos una hora, aproximadamente, y luego el alumno se iba. La mujer salía del apartamento pocos minutos más tarde.

Cuando Vic hizo su primer informe al señor Lenoir, éste le comunicó que el apartamento de la calle Viete les pertenecía, pero que no lo utilizaban. El detective le pidió una copia de las llaves y, cierto día, tras la salida de la mujer, visitó la vivienda. Tenía tres habitaciones, pero sólo una parecía servir. Estaba amueblada sin complicación alguna, con una cama grande y dos sillones. El único lujo era un minibar lleno de botellas de licor, más bien dulce, y una cadena *hi-fi* con mando a distancia. En las otras habitaciones, los muebles estaban cubiertos por fundas de plástico.

Vic registró por todas partes, los armarios, los muebles, la cocina estaban vacíos. En el cuarto de baño, encontró media docena de toallas, un estuche de aseo para mujer, perfumes, productos de belleza, una docena de bragas de algodón blanco, todas iguales, y gran número de pares de medias, todavía en su estuche, sábanas limpias acabadas de salir de la lavandería y, en una bolsa para ropa, un par de sábanas sucias. No había vajilla alguna, ni alimentos, ni productos de limpieza, ni aparatos electrodomésticos, excepto un pequeño aspirador.

Parecía que sólo se utilizara la cama del apartamento. Vic se prometió descubrir qué hacía Armande Lenoir con los muchachitos. Tero de momento, tenía otro trabajo.

Hizo dos llamadas telefónicas. La primera a la señora de Saint-Algue, la librera, la segunda a su cuñado. Se dirigió luego al distrito VI. Sabía que Dorothy iría a trabajar a la librería. La dejó entrar, aguardó dos minutos y entró luego en la tienda. La librera corrió tras él el cerrojo y colgó el cartel de CERRADO. Estaba inquieta y se subía nerviosamente las gafas sobre la nariz.

—¿Por qué me hace usted eso?

—No intente comprenderlo —dijo él—. Obedezca o, de lo contrario, le hablaré de su trastienda a quien corresponda.

La librera bajó los ojos en señal de sumisión y se dirigió hacia el biombo. Vic bajó tras ella por la escalera que llevaba al sótano, pero se guardó mucho de entrar en la estancia redonda. Se limitaba a ser espectador.

Resguardado por el marco de la puerta, podía ver sin ser visto. Distinguía a Dorothy, de perfil; sus largos cabellos pelirrojos caían por su espalda. A la luz artificial, la piel de su rostro parecía más blanca todavía a pesar de sus pecas. Llevaba una falda larga y ancha y un amplio jersey que disimulaba su exuberante pecho. La joven inglesa inclinaba la cabeza, con aire de culpabilidad.

La librera tomó el número de *Sexo extraño* y se plantó ante ella con un ademán autoritario que se adecuaba a su físico severo.

Utilizó el mismo tono cortante y brutal que Vic le había oído cuando estaba a solas con la muchacha.

—¿Conoce usted esta revista?

Con un acento espantoso, Dorothy respondió que era la primera vez que veía un ejemplar. Los labios de la librera se fruncieron, volvió a subirse las gafas.

—Y naturalmente, nunca antes había entrado en esta habitación.

—*Of course not*, usted me lo prohibió, señora —dijo la inglesa tras una vacilación.

La mano de la librera chasqueó en su mejilla.

—¡Mentirosa! ¡Sé perfectamente que has entrado aquí y has robado una de estas revistas! ¡Se trata del número diez, ya ves que estoy bien informada!

Dorothy se había derrumbado sobre la banqueta circular, con la cara entre las manos. El hombre adivinaba sus nalgas redondas que tensaban el tejido de su falda. Le habría gustado arremangarla para verle el culo. Se preguntaba qué tipo de ropa interior llevaría.

La muchacha comenzó a sollozar farfullando en su lengua. Indecisa, la señora de Saint-Algue miró hacia el hombre que, con un gesto, le dio la orden de proseguir. Ella volvió a abroncar a la vendedora.

—¡No creas que vas a conmovirme con tus lágrimas! ¡Mereces que te denuncie a la policía!

Presa del pánico, Dorothy se arrojó a los pies de su patrona, rodeándole las piernas con los brazos.

—¡*No, please*, a la policía no, por favor, no, no!

Era consciente de que si la policía se mezclaba en el asunto, la devolverían enseguida a Inglaterra. Comenzó a lloriquear en el regazo de la señora de Saint-Algue. Daba la espalda a Vic y no le vio cuando indicó por signos a la librera que le acariciara el pelo. Esta se sentó en la banqueta redonda y atrajo a Dorothy hacia sí, manteniéndole el rostro sobre sus muslos. Los hombros de la muchacha seguían sacudidos por los sollozos. El hombre indicó a la librera que levantara las faldas de la inglesa.

La señora de Saint-Algue se inclinó y tiró de la tela, desnudando las piernas redondas y blancas de Dorothy, que se incorporó rápidamente.

—*But, what are you doing?*

Sin darle tiempo a recuperarse, la librera la agarró del pelo. Levantó las amplias faldas de la muchacha, descubriendo sus muslos redondos y sus carnosas nalgas, ceñidas por unas bragas de algodón blanco adornadas con florecitas amarillas y rojas. El elástico de la prenda se hundía en la piel lechosa de la inglesa. Vic adivinó la sombra de la raya que separaba los dos globos de carne. Hizo comprender a la señora de Saint-Algue que deseaba que Dorothy apoyara los codos en la banqueta, ofreciéndole su trasero.

La librera ordenó a su dependienta que tomara aquella pose.

Su voz era de nuevo autoritaria, firme, como si disfrutara con lo que estaba haciendo a la muchacha. La falda de su traje chaqueta se había abierto, dejando ver

un muslo enfundado en una media gris perla, que no pensó en ocultar.

Cuando Vic le indicó que bajara las bragas de la muchacha, lo hizo con malsano gozo. Dorothy protestó, pero ella la hizo callar con un violento bofetón.

Asustada, la muchacha no resistió ya. Vic vio aparecer sus prominentes nalgas y su raya oscura. La librera se inclinó para bajarle las bragas hasta las rodillas. Entre los redondos muslos se adivinaba el vello rojizo. Sin que él se lo pidiera, la señora de Saint-Algue ordenó la muchacha que abriera las piernas. Aparecieron los bordes de su sexo. Dorothy tenía míos labios mayores que sobresalían de sus largos pelos rojizos. Lloriqueaba, implorando la clemencia de su patrona, mezclando el inglés y el francés. De pronto, la librera comenzó a zurrarla; su mano caía chasqueando sobre el carnoso trasero, haciendo que enrojeciera.

La señora de Saint-Algue no se fijaba ya en Vic, actuaba a su guisa. Sus ojos brillaban, su respiración era jadeante, rápida. Estaba excitada. Para estar más cómoda, dobló una pierna, permitiendo así al hombre ver sus bragas entre las piernas abiertas. El sexo de Vic se hincho en sus pantalones.

La librera dejó de pegar a la muchacha y tomó sus nalgas con ambas manos. Las abrió exhibiendo la raya donde se abría el prieto orificio del ano.

—Voy a quitarte la afición a robar, inglesa de mierda.

—¡Se lo ruego, déjeme partir! ¡Le devolveré la revista! —suplicó Dorothy con un acento de todos los diablos.

La mujer le pellizcó las nalgas, dejando una marca violeta en su carne lechosa.

—Es la última vez que te digo que te calles. Si vuelvo a oírte, te denuncio.

Arrastrada por su excitación, había olvidado por completo a Vic. Se inclinó hacia el voluminoso trasero que sujetaba con ambas manos. Mientras lo magreaba, comenzó a mordisquearlo. El hombre sacó su verga para masturbarse. Lamentaba no poder acercarse para tocar también el generoso culo de la joven inglesa.

La librera se incorporó, se puso a cuatro patas sobre el asiento, con el rostro por encima de la grupa de la adolescente. Sus gafas resbalaban lentamente por su nariz, pero no pensó ya en remediarlo. Introdujo las manos entre las nalgas de Dorothy, descendió y le abrió el sexo. Vic divisó los labios mayores que se separaban, su cara interna brillante de melaza. La señora de Saint-Algue se inclinó hacia la vulva, así ofrecida, pareció olisquearla unos instantes. Luego se quitó las gafas y zambulló el rostro entre las nalgas de la muchacha, que comenzó a gemir.

La librera perdió cualquier decoro; Vic veía su cabeza moviéndose entre las mejillas nalgares de Dorothy. Oía su lengua hurgando en el coño de la moza. De vez en cuando, la mujer se levantaba con los ojos enfebrecidos, la boca húmeda, y pronunciaba palabras inconexas.

—Ya verás... marrana... Espera, voy a darte con todo. ¡Eso te enseñará!

A su pesar, la inglesa comenzó a retorcerse bajo aquellos lengüetazos. La señora de Saint-Algue se incorporó, con el rostro colorado y el moño deshecho. En nada se parecía ya a la estricta librera, de noble aspecto y gestos medidos. Metió una mano



bajo la falda, entre sus muslos, y comenzó a masturbarse junto a su víctima. Vic le hizo frente, con la polla en la mano. Ella sabía que estaba viendo sus dedos que entraban y salían del coño. Se la cascó mirándole con un brillo enloquecido en los ojos, y gozaron casi al mismo tiempo mientras Dorothy, siempre boca abajo, volvía lentamente en sí.

Tras haberse secado con el pañuelo, Vic se arregló y volvió a la tienda. Tenía que desaparecer antes de que la señora de Saint-Algue despidiera a Dorothy.

Hacía ya cinco minutos que estaba al volante de su coche cuando vio a la joven inglesa salir corriendo de la librería. Lloraba desconsoladamente.

**E**RA de noche. El asfalto humedecido por una ligera lluvia brillaba a la luz de los faroles. Hacía dos horas que Vic seguía a la joven inglesa. Caminaba al azar, arrastrando la maleta en la que había metido todo lo que tenía. Parecía fatigada. Pronto estaría a punto y bastaría con *recogerla*.

Lo había perdido todo: su vivienda y su trabajo. De acuerdo con las órdenes de Vic, la librera la había despedido. Teniendo en cuenta su situación ilegal y su robo, a Dorothy no le quedaba recurso alguno. Luego, había entrado en escena Emile. Vic le había pedido que intentara abusar de su joven inquilina. Naturalmente, ésta había rechazado sus proposiciones y, entonces, el gordo la había puesto de patitas en la calle. Primero había vagabundado por la plaza de la Nation, luego, lentamente, había subido por el bulevar Diderot. Ahora, estaba en una calle poco frecuentada y mal iluminada, detrás de la estación de Lyon, del lado de la estación de mercancías. Las casas escaseaban, sustituidas por desiertos almacenes.

En cuanto pudo, Vic había telefoneado a la señora Catelan para decirle que se reuniera con él. Se habían encontrado delante de la estación. Ahora, ambos acechaban su presa.

Ya sólo llovía intermitentemente, un fino chirimiri que apenas si mojaba. Dorothy entró en un hotelucho cuyo letrero luminoso, medio caído, no funcionaba. Como Vic suponía, no tardó en salir de nuevo, más desesperada aún. Era el tercer hotel en el que entraba. Sin éxito Los dueños no querían cargar con una extranjera sin papeles ni dinero.

Subió por la calle del Charolais hacia la estación de Lyon. Tal vez tuviera la intención de dormir en la sala de espera. Vic y Catelan, sentados a una mesa de la única taberna abierta todavía, la vieron pasear por los andenes que se llenaban de viajeros cada vez que llegaba un tren.

La joven inglesa dio la vuelta a la estación, leyendo los carteles anunciadores, contemplando los escaparates de las tiendas, cerradas a esas horas. Los apresurados viajeros se cruzaban con ella sin fijarse. Por fin, se sentó en un banco con la maleta entre las piernas. Para darse seguridad, tomó un libro de su enorme bolso y lo contempló sin leer.

Hacía diez minutos que estaba inmóvil cuando dos reclutas de permiso, reconocibles por su corte de cabello y su petate, se sentaron a su lado. Le dirigieron la palabra, pero ella no levantó la cabeza, fingiendo concentrarse en la lectura.

Vic y Catelan estaban demasiado lejos para oír lo que los quintos le decían, pero no era difícil de adivinar. Ambos jóvenes estaban metiéndose con ella.

Vic dejó que las cosas se envenenaran un poco. Cuando vio que Dorothy estaba a punto de reaccionar violentamente, indicó a la señorita Catelan que había llegado el momento de intervenir.

Uno de los gamberros había puesto el brazo en los hombros de la inglesa e intentaba besarla.

—¡Vamos, querida, deja que te dé un beso a la francesa! ¡Será un recuerdo!

Al debatirse, Dorothy soltó su bolso, cuyo contenido se esparció por el suelo.

El otro tipo, que parecía borracho, reía como un idiota. Su compañero abrazaba a Dorothy, aplastándole los labios en el cuello. La muchacha se echó a llorar. No se atrevía a gritar por miedo a que apareciera la policía. Sin duda la pasma le hubiera pedido la documentación y ella quería evitarlo a toda costa.

Cuando el tipo consiguió besar a Dorothy en la boca, Catelan se interpuso. Era una mujer autoritaria, que sabía hacerse obedecer.

—¡Dejadla en paz! ¡Id a dormir la mona!

Uno de los granujas se levantó para contestarle, pero al ver que Vic se acercaba, se dejó caer en el banco.

—No estamos haciendo daño. Sólo le damos una clase de lengua.

—La lección ha terminado —dijo Vic—, largaos.

Sin insistir, ambos jóvenes se alejaron. Catelan se sentó junto a la muchacha inglesa.

—No se preocupe, señorita, no corre peligro alguno.

Tendió su pañuelo a la muchacha que lloraba de miedo y agotamiento. Vic recogió las cosas que habían caído. Mientras se sobreponía, Catelan le dirigía palabras apaciguadoras.

El resto fue un juego de niños. Le propusieron que les acompañara hasta un café, donde podría sentarse y tomar algo que la reconfortara. Catelan se mostró llena de atenciones y consiguió que se confiara. Dorothy afirmó ser una muchacha que trabajaba *au pair* y que había huido de la familia donde estaba porque el marido la perseguía. Ambos parecieron indignarse. Llegados a un bar, le ofrecieron comer algo. Con los nervios agotados, la muchacha no tuvo valor para negarse. Comió dos bocadillos regados con Coca-Cola y un enorme helado de vainilla con jarabe de menta.

Catelan presentó a Vic como su psicoanalista. Poco a poco, fue ganándose la confianza de Dorothy, que reconoció que no tenía ya dinero ni lugar donde dormir. Cuando Catelan le dijo que buscaba una señorita de compañía y que ella parecía servir, estuvo a punto de arrojarse en sus brazos.

Feliz por haber hallado, por fin, un alma caritativa, la joven inglesa se dejó conducir hasta el domicilio de Catelan. Vic las acompañó prometiendo pasar al día siguiente para ver cómo se encontraba la muchacha. Catelan instaló a Dorothy en la habitación de huéspedes y le deseó las buenas noches.

—Mañana hablaremos de su trabajo, cuando se haya recuperado de las emociones.

**A**L día siguiente, la señorita Catelan dejó que Dorothy durmiera hasta las diez, luego le sirvió un buen desayuno. La joven inglesa no podía creerse tanta amabilidad. Catelan le propuso quedarse en la habitación de los huéspedes mientras no encontrara otro alojamiento. El trabajo que le ofrecía consistía en servir la mesa cuando recibiera a alguien y acompañarla algunos sábados por la tarde o algún domingo. Naturalmente, Dorothy podría seguir con sus clases y comería en el restaurante universitario.

La joven se mostró encantada con el arreglo.

Durante los siguientes días, ayudó en la casa, lavó los platos, se ofreció para hacer las compras. La señorita Catelan la trataba como a su hija, procurando crear cierta complicidad entre ambas.

Como había prometido, Vic pasó a ver a la joven. Le llevó *scones* y *muffins* comprados en Mark & Spencer. Dorothy vivía un cuento de hadas.

Día tras día, sin embargo, Catelan se mostraba cada vez más familiar. Aparecía en bata, salía del cuarto de baño cubierta sólo con una toalla, se sentaba en la banqueta del salón con las piernas dobladas, mostrando sus redondos muslos.

Dorothy apartaba la mirada, ruborizándose. Su exagerado pudor excitaba a la señorita Catelan, que adoptaba poses cada vez más provocadoras. Tras una semana con aquel juegucito, consideró que el clima creado le permitía ya ir más lejos. Una tarde, al volver de su trabajo, fingió un súbito malestar. Dorothy la ayudó a tenderse en el sofá del salón.

—¿Quiere que llame a un médico, señora Catelan?

—No vale la pena, es un ataque de espasmofilia. Pasará enseguida.

Catelan llevaba un traje sastre de color verde manzana. Su falda abierta permitía ver los carnosos muslos. Llevaba los ojos maquillados y los gruesos labios pintados de un rojo brillante. Parecía más elegante todavía junto a Dorothy que, fiel a su costumbre, llevaba un jersey demasiado ancho y una falda larga.

—¿Qué quiere que haga?

La inglesa miró a su alrededor, desamparada. Entonces, como habían acordado con Catelan, Vic llamó a la puerta. Dorothy fue a abrir y le acompañó precipitadamente hasta el salón.

—¡Pronto, pronto, la señorita se ha *desmallado*.

—Se ha *desmayado* —corrigió el falso psicoanalista—. Ya sé de qué se trata. Una afección psicósomática. Tiene que respirar.

Dorothy le ayudó a quitar la chaqueta a Catelan, que se abandonaba. Luego, Vic desabrochó la falda y la hizo resbalar a lo largo de los muslos. A continuación, le quitó la blusa mientras Catelan seguía fingiendo su desmayo. Dorothy se puso muy colorada al descubrir que su anfitriona llevaba un prieto corsé de encaje, un tanga y

medias de rejilla. Las braguitas eran tan pequeñas que dos matas de pelo oscuro sobresalían a cada lado. Vic indicó el lazo que cerraba por delante el corsé.

—No es sorprendente que se asfixie con eso que lleva. Le aprieta demasiado. Libérale el pecho.

Dorothy tiró del cordoncillo de algodón. La prenda se abrió empujada por los pechos. La muchacha abrió unos ojos como platos al ver los gruesos senos de anchas areolas oscuras. Siguió desabrochando el corsé con dedos temblorosos.

El hombre abrió la prenda interior, exponiendo el pecho y el vientre de su falsa paciente. Como el portaligas tiraba de las medias de Catelan, y podía desgarrarlas, Vic pidió a la inglesa que se lo quitara. La muchacha lo hizo. Catelan ya sólo llevaba sus medias y el minúsculo tanga que ocultaba su pubis. La falsa paciente parpadeó de pronto.

—*You are ok?* —le preguntó la inglesa.

La señorita Catelan fingió entonces perder de nuevo el sentido. Vic indicó el bolso que había dejado caer.

—Deme la pomada que encontrará ahí dentro.

Dorothy le tendió una cajita y Vic la abrió. El recipiente contenía un bálsamo a base de miel que despedía un olor dulzón.

—Dele un masaje con eso —le dijo.

Roja de confusión, Dorothy contempló a la mujer, que gemía dulcemente.

—¿Dónde debo darle el masaje?

—Tome un poco de pomada con la yema de los dedos, se lo indicaré.

La muchacha metió sus índices en la sustancia marrón.

Vic tomó las manos con las suyas y las posó sobre el pecho de Catelan. Reticente primero, la inglesa fue poco a poco abandonándose. Vic utilizó sus manos para acariciar los pechos de la falsa enferma. La situación turbaba a la inglesa; Vic veía su nariz fruncida y su pecho, que subía y bajaba a un ritmo cada vez más rápido. Pronto pudo soltarla, las manos de la joven pelirroja actuaban solas, «dando un masaje» a los opulentos pechos.

Catelan se abandonaba, con los ojos entornados.

—Es más serio de lo que creía —dijo de pronto Vic—. Quítele las bragas.

Con las mejillas encendidas, Dorothy tiró del elástico del tanga, descubriendo el velludo pubis. Cuando la enferma llevó sólo las medias, Vic le abrió las piernas.

—Tiene que darle un masaje en los muslos, comenzando en las rodillas y subiendo hacia el sexo —ordenó—. Es una zona vital en la mujer.

Dorothy, evitando mirarle, tomó un poco más de pomada. Avanzaba con lentitud. A medida que iba avanzando hacia el sexo, la señorita Catelan abría las piernas. Su vello parecía haberse desgarrado en dos y era posible ver la vulva húmeda, que se abría subrepticamente entre sus negros pelos. Fascinada, la inglesa no podía apartar la mirada de aquella grieta rosada.

Vic señaló la raja con dedo preciso.

—Frote ahora aquí. Es el centro vital.

Dorothy le miró, estupefacta.

—¿Realmente cree usted que...? Pero si... —se ruborizó violentamente—, no sé cómo hacer este masaje... aquí...

Vic le dijo que iba a dirigirla. Hizo resbalar los dedos por entre los pliegues húmedos de los labios mayores.

—Mueva sus dedos así, a lo largo del centro vital de la mujer. Es el origen de su desmayo. No tema.

Obligó a la joven inglesa a masturbar, cada vez más profundamente, a una Catelan que, con los párpados entornados, acechaba los menores gestos de Dorothy. Esta, con las mejillas encendidas, veía cómo sus dedos penetraban en la raja peluda y rosada. Parecía fascinada por aquel sexo que se abría de un modo obsceno a causa de sus tocamientos. Los labios vaginales se separaban, rosados y viscosos, empapados de secreciones. Dorothy pudo contemplar el abierto orificio del que manaban gruesas gotas claras.

—Eso está bien —dijo Vic—, comienza a reaccionar. Ya vuelve en sí. Prosiga. Tóquela arriba ahora, en el clítoris.

No tuvo que repetir la orden. Dorothy metió sus dedos entre los pelos negros, buscó el clítoris y lo pellizcó, arrancando a Catelan un estertor de placer.

—Ya ve —dijo Vic—. Vuelve a la vida. Siga, siga.

Alentada de ese modo, la inglesa comenzó a frotar el capullo de carne. Vic tomó la otra mano de la muchacha y la condujo hacia el abierto orificio de la vagina.

—Frote aquí al mismo tiempo, hará más efecto. Hágalo sin miedo, meta tres dedos. Ese lugar está lleno de vida.

Dorothy no discutió; metió sus dedos en el jugoso coño y les hizo ir y venir con viscoso ruido. La señorita Catelan, con los párpados entornados, abrió francamente los muslos. No tardó en gozar. La nerviosa torpeza de la muchacha la excitaba. El placer la sacudió y, luego, se dejó caer como si se hubiera dormido de pronto.

—Ya está —dijo Vic—. Ahora la dejaremos descansar. Vaya a lavarse las manos. Luego vuelva a vestirla, será inútil contarle lo que le ha hecho. Lo habrá olvidado todo. Que eso quede entre nosotros.

**D**ESDE el bar que estaba enfrente de la puerta del liceo Carnot, Vic vigilaba a Armande Lenoir. La vio dirigirse al mismo adolescente rubio de la primera vez. El joven iba vestido con unos vaqueros y una chaqueta de aviador. Sin esperar más, Vic pagó su caña y se dirigió hacia la calle Viète. Tras haberse asegurado de que nadie le veía, entró en el apartamento utilizando la copia de las llaves que el señor Lenoir le había prestado. Se ocultó en el armario de una de las habitaciones desocupadas. Sacó del bolsillo de su chaqueta una minúscula cámara fotográfica, de silencioso funcionamiento.

Al cabo de unos diez minutos, la puerta de entrada se abrió; escuchó el ruido de los tacones de aguja que se acercaban. Esperó unos minutos, para darles tiempo a haberse instalado en la habitación, antes de salir de su escondrijo. Se acercó sin hacer ruido, con la cámara en las manos. La puerta de la alcoba estaba sólo entornada. Podía ver todo lo que ocurría dentro. En su campo de visión apareció Armande y también el joven rubio. A Vic le sorprendió descubrir que les acompañaba otro alumno. Era delgado, con unos cabellos castaños que le llegaban hasta los hombros. Ambos escolares eran muy jóvenes y de rostro fino, casi afeminados.

Armande dejó la chaqueta de su traje gris en el respaldo de una silla y se sentó en la gran cama, cruzando las piernas. Su falda se abrió, revelando una larga pierna enfundada en una media de costura negra.

La mujer fingió no advertir las turbadas miradas de ambos muchachos. El rubio parecía sentirse bastante cómodo mientras el otro se balanceaba sobre ambos pies, intimidado por aquella mujer que podía ser su madre. Aparentemente, era la primera vez que entraba allí.

—Bueno, Julien —dijo Armande Lenoir, ¿me presentas a tu amigo?

El chiquillo le dijo que su compañero se llamaba Cyril. Ella descruzó las piernas, permitió que su falda subiera un poco más e indicó al muchacho que se aproximara.

—Siéntate a mi lado, Cyril. No seas tímido. Ponte cómodo.

Le ayudó a quitarse la chaqueta.

—Eres muy robusto para tu edad. Me gustan los muchachos vigorosos.

Turbado por el cumplido, Cyril bajó los ojos. Pero se dejaba tocar con complacencia. Armande le palpó los muslos y el pecho. Había abierto las piernas y Julien, que estaba frente a ella, no dejaba de mirar bajo la falda. Ella pareció turbarse.

—Dime, ¿no te da vergüenza? Mirar por debajo de mis faldas cuando podría ser tu madre. ¡Qué chico ese! Ven aquí, viciosillo, mereces un castigo por eso.

Abandonando a Cyril, que la contemplaba con una mezcla de asombro y excitación, se volvió hacia Julien.

—Quítate la chaqueta y los pantalones, voy a darte una buena zurra.

Con una sonrisa crispada en los labios, el muchacho se desnudó quedándose en

calzoncillos. Su delgado cuerpo estaba por completo desprovisto de pelo. Hubiérase dicho un cuerpo de muchacha. La señora Lenoir se lo puso sobre las rodillas, como a un niño, y comenzó a zurrarle. Sus palmadas no eran muy fuertes; al cabo de un rato, el muchacho comenzó a moverse, frotando su bajo vientre contra los muslos de la mujer.

—¡Toma, toma, niño malo! —decía ella—. Vas a perder las ganas de mirar bajo las faldas de las señoras.

Los ojos de la señora Lenoir brillaban de excitación. Sus largos cabellos negros revoloteaban sobre sus hombros cada vez que abatía la mano sobre el redondo culito del alumno.

El espectáculo de aquella mujer elegante mente vestida, llena de joyas caras, castigando a dos chiquillos, excitaba a Vic. Entre dos fotografías, abrió su bragueta para permitir que su verga se levantara.

Finalmente, el castigo cesó. Armande ordenó a Julien que se levantara. El muchacho estaba empalmado, excitado por el contado con los muslos de la mujer. La señora Lenoir señaló el bulto que deformaba sus calzoncillos con aire ofendido.

—¡Pero serás marrano! ¡Decididamente, sólo tienes pensamientos sucios! Tendré que castigarte con más severidad. Vamos, muéstrame lo que hay ahí dentro.

Tiró de los calzoncillos para que saliera la punta de la polla del muchacho, hizo resbalar el prepucio y descubrió un glande pequeño y afilado.

Con la mano libre, sacó los cojones de la prenda. Los testículos eran pequeños y estaban casi desprovistos de pelo. Se divirtió habiéndolos rodar entre sus dedos mientras mantenía su aire falsamente enojado.

—¡Pero esto es una vergüenza! Ponerte así, a tu edad...

Mientras hablaba, acariciaba la delgada verga que había sacado por completo del calzoncillo. Julien arqueaba los lomos para ofrecerse mejor a las caricias.

Luego, Armande se inclinó hacia Cyril y le metió la mano entre los muslos. Él quiso rechazarla, pero el rubio le indicó por señas que se abandonara. Armande le acarició los cojones a través del pantalón. El muchacho tuvo también, muy pronto, una erección.

—¡Vaya otro! —exclamó la mujer fingiendo indignación—. Vamos, quítate los pantalones, muéstrame ese instrumento.

Cyril lanzó una mirada interrogativa a su compañero, que le alentó con un ademán. Se quitó la prenda y se plantó ante Armande. Como había hecho con Julien, ella le bajó los calzoncillos y jugó con su picha. Ambos chiquillos estaban ante la mujer, con la verga erguida y los calzoncillos arrugados alrededor de los muslos.

—Acabad de desnudaros —les dijo desabrochando los primeros botones de su blusa y mostrando el sujetador negro que aprisionaba sus pechos—. Hace calor aquí, también yo me pondré cómoda.

Se abrió el corpiño, mostrando el pecho a ambos muchachos. Los dos chiquillos acabaron de desnudarse. Tenían un cuerpo fino de piernas delgadas, el vientre plano,



con unas nalgas pequeñas y redondas, muy blancas. Su sexo se erguía por encima de los huevos cubiertos de pelusilla clara. Armande les con templaba; una violenta excitación se veía en su rostro. Con la falda medio arremangada y la blusa abierta, nada quedaba ya de la distinguida señora Lenoir.

—Venid, chiquillos míos —dijo con voz estúpida—. Mirad a vuestra mamá mala que os ha castigado.

Cyril copió su actitud de la de su amigo. Se inmovilizaron uno a cada lado de las rodillas de Armande, con el sexo a la altura de su rostro. Ella les acarició las piernas, ascendiendo hacia el vientre, actuando con perfecta simetría.

—Qué guapos sois, pollitos míos. Habéis tenido malos pensamientos al mirar a vuestra mamá. Pero mamá no se enfada. Os quiere tanto. Se encargará de vosotros.

Vic tomaba fotografía tras fotografía. Su polla estaba muy dura, tenía ganas de masturbarse, pero el trabajo era antes que el placer.

Armande tomó las vergas de los muchachos, las descubrió y volvió a cubrirlas con el prepucio. Las pichas de los chiquillos parecían pequeñas entre sus largos dedos llenos de anillos y con las uñas pintadas. Les masturbaba al mismo ritmo.

—Tenéis unos «pajaritos» muy lindos. Mamá quiere acariciarlos. ¿Os gustará?

—Sí, mamá —dijo Julien, mientras Cyril respondía «sí, señora».

—Vamos, querido, tienes que decir «sí, mamá», como tu hermano.

Ahora, los dos chiquillos estaban en plena erección. Sus vergas cortas y delgadas se erguían entre los dedos de Armande, que se la meneaba con aplicación.

—Qué guapos sois, queridos míos —dijo dirigiéndose directamente a las pollas—. Salud a mamá.

Se inclinó y depositó un beso en el glande del rubio.

—¡Buenos días, Julien!

Se volvió hacia el sexo de Cyril y actuó del mismo modo. Había dejado una huella de carmín en sus dos *hijitos*.

—Pobres queridos, mamá os ha manchado. Mamá va a limpiarlos.

Acercó la boca a la verga de Julien y quiso quitar el rastro de carmín con la lengua. El muchacho se lo permitió, con los ojos cerrados, los lomos arqueados, ofreciendo su polla, Ella le lamió un buen rato, insistiendo con la lengua hasta que el glande quedó limpio. Luego lo repitió con Cyril. Se apartó para admirar las dos pichas relucientes de saliva.

—Ya estáis limpios, ahora mamá va a secaros.

Sujetando las pollas con dos dedos, sopló haciendo temblar los pelos claros que cubrían el vientre de los chiquillos. Mientras los secaba no dejaba de meneárselas haciendo correr el prepucio a lo largo de las vergas.

Vic había abandonado su cámara fotográfica para masturbarse. Armande estaba frente a él, pero se sentía demasiado cautivada por sus *hijos* para advertirlo. Tenía las piernas muy abiertas y el hombre podía ver, bajo su falda, la carne blanca de sus muslos sobresaliendo por encima de las medias, y el triángulo más oscuro de sus

bragas.

—Habéis quedado impecables, niños míos. Ahora podréis saludaros. Acercaos pues, hijos queridos.

Puso en contacto ambos glandes y los frotó uno contra otro.

—Cyril, saluda a Julien; y tú, Julien, saluda a Cyril. Sois dos hermanitos buenos que se quieren y se dan besitos.

Masturbaba a los dos muchachos, picha contra picha, cubriendo el glande del uno con el prepucio del otro. Muy excitados por lo que estaba haciéndoles, ellos ni siquiera pensaban en protestar. Se retorcían de placer. De pronto, Cyril eyaculó rociando el sexo y el vientre del otro alumno.

—¡Oh qué chico más malo! ¡Le escupe a su hermano! —exclamó la señora Lenoir fingiendo enfado—. Mereces que te haga lo mismo.

Como masturbaba a Julien cada vez más aprisa, no tardó en gozar a su vez. Ella dirigió el esperma, rociando el sexo de Cyril. El vientre de ambos muchachos estaba cubierto de esperma del otro. Tenían lleno el glande, los cojones y los pelos.

—Cómo os habéis puesto, queridos míos —dijo Armande, que seguía meneando las pichas manchadas de esperma—. Afortunada mente, mamá está aquí para lavaros, ¡niños malos!

Como anteriormente, se esforzó por limpiarles a lengüetazos. Iba de un vientre a otro, lamiendo los glandes, chupando los huevos, tragando el esperma que manchaba el vientre de sus bebés. De vez en cuando, daba una palmada a uno de los glandes para castigarlo.

—¡Cyril, feo! ¿Ves lo que has hecho a tu querido hermano, niño malo? ¿Y a ti, Julien, no te da vergüenza? Escupir así ante vuestra madre, que os quiere tanto. Vamos, haced las paces. ¡Besaos!

Frotó de nuevo las dos pollas, una contra otra, mientras las lamía. Muy excitados, los alumnos seguían empalmados. Con los ojos vidriosos, jadeando, miraban a aquella mujer que se hundía sus dos glandes, al mismo tiempo, en la boca, y los lamía con grandes lengüetazos. Las vergas eran delgadas y cabían juntas entre los labios.

Cuando los vientres estuvieron limpios, Armande Lenoir lamió las dos pichas y comenzó a desnudarse. Se quitó la blusa, la falda y las bragas. Vestida sólo con el sujetador, el portaligas y un par de medias negras, se tendió en la cama con los muslos abiertos de par en par. Vic hizo un primer plano de su ofrecida raja, de la que emanaba una espesa melaza. Regalaría el cliché a su cuñado, para agradecerle su ayuda en la caza de Dorothy.

—Habéis sido muy malos —declaró Armande, que se había puesto a cien—. Os encerraré un rato en el armario. Julien, ven aquí, querido.

El rubio, acostumbrado ya a las extravagancias de la señora Lenoir, se tendió sobre ella. La mujer tomó su picha y se la hundió en el coño.

—¡Venga, entra, chico malo! ¡Al calabozo!

Le estrechó entre sus brazos. El cuerpo delgado y liso del alumno parecía más

frágil todavía, comparado con la floreciente anatomía de Armande. Puso ella las manos en el carnoso culito del muchacho y lo atrajo hacia sí.

—Entra hasta el fondo, querido. Escondete en mamá. Sí, así, muévete para hundirte aún más.

El chiquillo se agitó sobre la mujer, que le magreaba las nalgas a manos llenas. Le besaba en la boca, le lamía las mejillas murmurando palabras inconexas.

—Bebé mío, Julien... Quieres a tu mamá... Sí, quíerela mucho, dale placer... Más, ángel mío...

El rubio no tardó en gozar. Se arqueó para vaciarse en las profundidades de su madre. Cuando hubo gozado, ella le apartó y llamó al otro muchacho, que aguardaba con la polla tiesa como una estaca de madera.

—Te toca a ti, Cyril. Al armario. Entra ahí, como tu hermano. Ven a meter también tu pajarito en mamá. Te daré tu alpiste, chiquitín.

En cuanto estuvo en el vientre de Armande, el muchacho eyaculó. Pero la mujer, agarrándole, le obligó a seguir jodiéndola. Estaba a punto de gozar y se corrió bajo el alumno.

—¡Vamos, querido! ¡Más! ¡Más fuerte! Da le placer a tu mamá, enséñale cómo la quieres.

Vic había eyaculado en su pañuelo y se había recompuesto. Aprovechó el orgasmo de Armande para esfumarse sin que lo advirtiera.

Aquella noche cenaba en casa de su hermana. El gordo Emile estaría muy contento con las fotos que iban a revelar.

Los desmayos de la señorita Catelan se repitieron. Al volver de la oficina, la joven se dejaba caer en el sofá y llamaba a Dorothy con voz lánguida. La pequeña inglesa sabía lo que esperaba de ella. Parecía incluso que le complacía abrir el corpiño de Catelan y darle un masaje como Vic le había enseñado.

Fingiendo estar adormecida, Catelan se dejaba magrear. De vez en cuando, volvía en sí para dirigir a su «enfermera». Con voz débil, le pedía que la desnudara, que le acariciara los pechos. Luego, cuando estaba ya desnuda, señalaba la pequeña caja de unguento. Entonces, Dorothy le acariciaba el sexo untándolo de pomada.

La inglesa procuraba actuar con cierto distanciamiento, como si estuviera realmente cuidando a una enferma. Pero Catelan podía leer en su rostro la excitación que le producían las caricias que prodigaba. Cierta día, por entre sus entornados párpados, sorprendió a la muchacha masturbándose. Se había metido la mano bajo el vestido y, con los muslos abiertos, creyendo que no la veía, se acariciaba mientras le daba a Catelan su masaje con la otra mano.

Varias veces, oculto en una habitación contigua, Vic presencié aquellas sesiones. Tomó incluso algunas fotografías para regalárselas a su cuñado.

Poco a poco, las relaciones entre ambas mujeres se hicieron menos hipócritas. Catelan no necesitaba ya fingir sus desmayos. Le bastaba con quejarse de dolores en la espalda o de una jaqueca para que Dorothy le ofreciera, espontáneamente, un masaje.

Catelan había advertido que, cuando Dorothy la desnudaba, admiraba su ropa interior de seda. Cierta día, le ofreció prestarle algunas prendas. La joven inglesa se negó, ruborizándose de confusión, pero Catelan insistió.

—Vamos, venga a probárselas al menos. Sólo para ver si le sientan bien.

La llevó a su habitación y sacó algunas prendas de la cómoda. Le tendió un corsé blanco, lleno de encaje.

—Mira, ¿no te parece bonito? Estarías magnífica con eso. Desnúdate, ya verás.

Dorothy protestó un poco, pero permitió que la desvistiera. Catelan contempló divertida las bragas, pasadas de moda, de la muchacha. Posó la mano en el fondillo de algodón que cubría el sexo.

—Eres ya muy mayor para llevar eso, pareces una niña. Ya verás, voy a vestirme de mujer.

Tiró de las bragas descubriendo el vello rojizo de Dorothy, que se ruborizó. Mientras la desnudaba, aprovechó para meterle mano. Le pellizcó los pezones.

—Qué hermosos pechos tienes.

—Yo los encuentro demasiado grandes dijo Dorothy haciendo una mueca.

Catelan se puso a su espalda y tomó sus dos pechos en sus manos. La empujó hasta el espejo que había en la cómoda.

—¡En absoluto! Mira qué bonitos son. A los hombres les gustan los pechos grandes. Quieren que les llenen las manos.

Dorothy miró su imagen, fascinada por las manos de Catelan que le magreaban los pechos. Catelan sintió que se ablandaba. La llevó hacia la cama, hizo que se sentara en ella. Sacó un par de medias blancas de la cómoda.

—Te pondrás esto y el corsé; y luego te maquillaré. Ya verás, estarás mucho más hermosa que con esas bragas de campesina.

Se arrodilló a los pies de Dorothy para ponerle las medias blancas, adornadas con complicados arabescos. Le hizo abrir las piernas, lo que le permitió divisar su vulva entre su rojo pelo. Los labios del coño estaban abiertos y Catelan comprobó que estaba húmeda. Puso el pie de la joven entre sus pechos e hizo que la media subiera a lo largo de su pierna. Se demoró en lo alto del muslo, rozando el vello oscuro de reflejos cobrizos.

Dorothy se abandonaba como si estuviera paralizada. Respiraba rápidamente entre sus labios fruncidos. Catelan le ayudó a ponerse el corsé. Tomó, uno tras otro, sus generosos pechos, y los colocó en las copas de encaje. Las oscuras areolas se veían claramente a través del tejido transparente. Luego, le pidió a Dorothy que se levantara y sujetó las medias al portaliagas. Le puso las manos en las nalgas para llevarla hasta el espejo.

—¡Mira qué excitante estás así!

Dorothy se contempló, con las mejillas enrojecidas. Sus grandes pechos, ceñidos por la prenda, parecían más pesados todavía. Bajo el pequeño volante de tul blanco del corsé, se veía su sexo desnudo, enmarcado por las ligas blancas. Apartó los ojos de su imagen.

—No puedo llevar eso. No está bien —dijo con su extraño acento.

Catelan se pegó a sus nalgas, oprimiendo sus pechos contra la espalda. La rodeó con un brazo y, con la otra mano, le levantó el mentón obligándola a mirarse.

—No digas tonterías. Estás muy guapa así y no debe avergonzarte que te deseen. ¿Preferirías ser vieja y fea?

Durante la conversación, Catelan había comenzado a tutear a la joven inglesa. Abrazabas ante el espejo, parecían madre e hija. Catelan convenció fácilmente a Dorothy de que no había mal alguno en ser coqueta y llevar ropa *sexy*. La hizo sentar ante el tocador y la maquilló, la peinó, la arregló.

Durante los días siguientes, Catelan se divirtió así con su muñeca viviente. La desnudaba, luego la obligaba a ponerse la ropa interior y los vestidos más provocadores de su guardarropía. Mientras jugaba a vestirla, lo aprovechaba para magrear a Dorothy que, poco a poco, se acostumbraba a aquellas licencias.

Una tarde, Catelan tomó de su armario un uniforme de criada y se lo tendió a Dorothy diciendo: —Estoy segura de que, cuando eras niña, te gustaba disfrazarte.

—Oh, sí, señorita. En *Navidad* me regalaban un uniforme de enfermera y me encantaba jugar a los médicos con mis amiguitos.

Catelan la tomó por la cintura como a una amiga y le propuso recordar los juegos de la infancia.

—Podrías disfrazarte de criada y servirme el té. Sería divertido, ¿no te parece?

Dorothy no parecía compartir esta opinión pero, ante el entusiasmo de su anfitriona, no se atrevió a negarse. Catelan la desnudó y comenzó a ponerle una minifalda negra. La prenda era demasiado corta y pequeña para ella. Tuvo que encoger el vientre para que Catelan consiguiera abrocharla. La inglesa movió la cabeza.

—Es demasiado pequeña, señorita, me aprieta mucho.

—Vamos, puedes sufrir cinco minutos, sólo para ver cómo te sienta.

La obligó a ponerse la blusa, que era tan pequeña que los pechos de la inglesa salían por el escote, Catelan los comprimió para hacerlos entrar, pero sólo logró excitar los pezones, que se enderezaron. Horriblemente molesta, la muchacha quiso terminar con la prueba, pero Catelan no quiso ni oír hablar de ello. La obligó a ponerse un par de medias negras con costura. Con el pretexto de ajustárselas, hizo subir sus manos hasta lo alto de los muslos, hasta tocar el tupido pompón de la inglesa. Con unos clips para el pelo, fijó una cofia en la rojiza cabellera de Dorothy. Finalmente, para completar el atavío, hizo que se calzara unos zapatos de vertiginosos tacones.

Retrocedió para contemplar el aspecto de su protegida. Con los pechos comprimidos por el uniforme, Dorothy se bamboleaba torpemente. Los altos tacones y las medias con costura afinaban unas piernas que la minúscula falda no ocultaba. Ataviada de aquel modo, parecía una calientapollas, algo que no disgustaba a Catelan.

—¡Una auténtica criadita! Estás estupenda así. ¿Quieres servirme el té de este modo para complacerme?

Tampoco esta vez la inglesa se atrevió a negarse. Nunca había llevado unos tacones tan altos y se dirigió a la cocina con torpes andares. Catelan apreció la visión de sus nalgas moldeadas por la minifalda. Muy a su pesar la muchacha se movía balanceándose, con andares llenos de erotismo animal.

Sirvió el té en el salón, donde Catelan la esperaba.

Se había puesto una bata de seda, de la que salían sus largas piernas. Esbozó una sonrisa viciosa al distinguir el culo desnudo de Dorothy, cuando ésta se inclinó para llenar de té su taza. Bajo los dos prominentes globos, vio el rojo matorral de la muchacha.

—Tráeme el paquete de cigarrillos que está en la mesa de *bridge* —pidió Catelan.

Dorothy obedeció enseguida, moviéndose con precaución sobre sus altos tacones y haciendo que se culo se balanceara de izquierda a derecha. Catelan le pidió un encendedor luego un cenicero. Se divirtió haciéndola caminar ante ella. Mientras tomaba su té, admiró las redondeces de la inglesa, comprimidas por el exiguo uniforme.

Catelan reflexionó fumando en silencio Dorothy se mantenía en medio de la habitación, encaramada en sus altos tacones, con las manos a la espalda, aguardando nuevas órdenes. Catelan exhaló el humo antes de decir: —Me sugieres una idea, Dorothy. ¿Quemas ganar algún dinero fácilmente?

La joven inglesa respondió con un gesto afirmativo.

—Pareces arreglártelas muy bien para el servicio. ¿Qué te parecería servir la mesa cuando tenga invitados?

Dorothy hizo una mueca.

—¿Y tendría que vestirme así?

—Sí, eso hace más distinguido.

—Pero señorita, es demasiado corto. Catelan aplastó su cigarrillo con impaciencia.

—Es el uniforme de mi antigua criada. Cuesta demasiado caro para hacerte otro, pero haré que lo retoquen, ¿qué te parece?

Dorothy vacilaba, Catelan fingió enojarse, y levantó y estuvo a punto de volcar la taza de té.

—¿Así me agradeces que me ocupe de ti? Te doy hospitalidad y no quieres hacerme un pequeño favor. ¡Tendría que despedirte!

Dorothy se lanzó a sus pies sin preocuparse de que uno de sus pechos se saliera del escote.

—Se lo ruego, señorita, serviré la mesa, pero no vestida de ese modo delante de la gente.

Catelan iba a responder cuando llamaron a la puerta. Dorothy se negó a abrir con su uniforme de criada, y eso incrementó la cólera de su anfitriona.

—¡Llega usted al pelo! —dijo dejando entrar a Vic—. Figúrese que esta muchacha, a la que he tenido la bondad de recoger, no quiere hacerme un mínimo favor.

Acompañando a Vic hasta el salón, le contó todo el asunto. Él comprendió las reticencias de la inglesa cuando pudo verla con su uniforme. Se había arreglado el escote, pero la falda era tan corta que, a pesar de sus esfuerzos, no conseguía disimular la entrepierna.

—Haga que esa idiota entre en razón —lanzó Catelan abandonando el salón—. ¡Yo renuncio a ello!

Vic hizo que Dorothy se sentara en el sofá y se instaló a su lado. Le habló con voz melosa —Pero bueno, ¿no estás bien aquí? ¿Preferías trabajar en la librería de la señora de Saint-Algue y vivir en tu pequeña habitación de servicio?

Ella le miró desorbitando los ojos y le preguntó cómo sabía todo aquello.

—Estoy al corriente de muchas cosas. Sé, por ejemplo, que si la policía te agarrara vagabundeando llamaría a la policía inglesa que comunicaría que huiste de tu casa. Sé, también, que te metería en el primer avión hacia Londres.

Dorothy zozobraba, su rostro se descomponía. Vic le hizo comprender, con

medias palabras, en qué situación se hallaba. La joven inglesa estaba a punto de llorar. Entonces Vic le dio la estocada.

—No tienes elección, hermosa mía. Si te niegas a servir a la señorita Catelan, te encontrarás sin techo y sin trabajo. Ni siquiera tendré que ir a buscar a la pasma, te echarán la zarpa y te devolverán a Inglaterra.

Se pegó a ella, puso su mano en el muslo desnudo. La muchacha estaba en exceso pasmada para rechazarlo.

—Vamos, tampoco estás tan mal aquí. Además, dejar que Catelan te magree un poco y magrearla tú, durante sus ataques, tampoco es tanto.

—¡Oh, no, usted me obligó a hacerlo! balbuceó ella.

Con su mano libre, Vic sacó de su bolsillo las fotografías que había tomado para Emile. Se las puso ante las narices.

—¿Y eso? ¿Fui yo, tal vez, el que te obligó a hacerlo?

Era una fotografía en la que ella se acariciaba con una mano mientras masturbaba con la otra a Catelan. Dorothy movió la cabeza, agitando sus rubios rizos. Dejó escapar un sollozo. Insensible a su llanto, Vic prosiguió: —Bueno, ¿te quedas o te vas?

—Me quedo —dijo tragándose las lágrimas—. ¡No tengo elección!

—¿Y harás todo lo que te pida?

Ella movió la cabeza de arriba abajo, secándose las mejillas con el puño. Vic la tomó de la muñeca y la condujo a la alcoba de la señorita Catelan. La joven estaba sentada ante el tocador. Se volvió hacia los recién llegados.

—¿Ha hecho entrar en razón a la pequeña?

—Claro —dijo Vic—, será muy amable. Puede usted pedírselo todo.

Catelan abrió las piernas. La bata de seda se abrió mostrando sus muslos. Señaló el suelo entre sus pies.

—Ven aquí, de rodillas ante tu dueña.

Dorothy se mordió el labio inferior; Vic la empujó hacia delante. Ella se agachó ante su anfitrión. Catelan se abrió la bata, mostrando su bajo vientre desnudo. Viciosamente, pasó su mano por el espeso vello. Con la mano libre, dirigió a la joven inglesa hacia su sexo.

—Hazme un pequeño masaje medicinal, hermosa. Siento que voy a tener un desmayo.

Dorothy cedió; abrió los labios vaginales, encontró el orificio viscoso de melaza y metió allí sus dedos.



**U**NA nueva vida, hecha de dominación y humillaciones, comenzó para la inglesa, que resultó de carácter muy sumiso. Durante el día, iba a sus clases, pero cuando Catelan regresaba del trabajo, ella se convertía en su servil esclava. Oprimida por el estrecho uniforme de criada, que le iba muy pequeño, aguardaba el regreso de su dueña con una impaciencia que a duras penas disimulaba. La ayudaba, rastrera, a ponerse cómoda, quitándole la ropa, llevándole una vaporosa bata y un par de chinelas forradas. Catelan advertía satisfecha que la excitación hacía temblar los labios de la joven inglesa a medida que el ceremonial llegaba a su fin. Luego, Catelan se entregaba a sus ocupaciones. Dorothy debía permanecer de pie, con sus altos tacones, dispuesta a satisfacer el menor de sus antojos.

A menudo, antes de la comida, mientras bebía una copa de buen vino, Catelan la obligaba a lamerla, sentada en un sillón con los muslos apoyados en los brazos. Luego, Dorothy debía servir la mesa «vestida» sólo con unas medias, el portaliñas y sus zapatos de tacón alto. Catelan le pellizcaba las nalgas o le metía los dedos en el coño por cualquier motivo, para hacerle cometer una torpeza. Cuando así sucedía, la joven inglesa debía tenderse sobre sus muslos y recibía una resonante zurra.

Catelan multiplicaba los azotes y los castigos corporales, que Dorothy soportaba con extraña pasividad. Estaba aficionándose a unas prácticas que, a veces, la dejaban con los ojos húmedos a dos dedos del orgasmo. Podía permanecer de rodillas, con el más sucinto vestuario y las manos en la cabeza, mientras su dueña leía o miraba la tele. Aceptaba sin quejarse que la ataran, azotaran o masturbaran. Luego, Catelan se retiraba a su alcoba y la obligaba a lavarla y a darle un masaje. La noche concluía tras interminables sesiones de tortilleo.

Varias veces, Catelan invitó a Vic para que asistiera a aquellas veladas de doma. Cierta día invitaron, incluso, a Emile. Catelan obligó a Dorothy a masturbarle y a hacerle gozar en su boca, para pagarle el papel que había desempeñado en aquel asunto.

Una noche, Vic se presentó con un regalo envuelto bajo el brazo. Dorothy lo instaló en el salón, le sirvió un whisky y se retiró. El hombre vio alejarse el redondo culo de la muchacha, indecentemente moldeado por el estrecho uniforme. Al quedarse solo, encendió un puro. La velada iba a ser especial, y comenzaba a sentir ya cierto escozor a lo largo de la verga. Mientras esperaba a su anfitriona, admiró la colección de cajas antiguas que ocupaba varios anaqueles de la biblioteca: cajas para tabaco, maquillaje, píldoras, moscas.

Entró la señorita Catelan, vistiendo un *body* rosa, transparente, que permitía ver las oscuras areolas de sus pechos y su espeso pompón de pelo negro. Calzaba unas altas botas de tacón. Tenía una cadena en una mano y un látigo de múltiples azotes en el otro. Se detuvo en el umbral del salón, hizo chasquear el látigo, y tiró, con gesto

teatral, de la cadena, como si anunciara a una estrella de la canción.

—¡He aquí a Dorothy, la perra sabia! ¡Una perra en celo, de lengua ágil y hocico husmeador!

La joven inglesa hizo su aparición, a cuatro patas, con un collar claveteado al cuello. Iba «vestida» con tiras de cuero sujetas en anillas de hierro, que la apretujaban, poniendo de relieve sus grandes pechos y la carnosa gruta. Su vientre estaba cubierto por un taparrabos de látex, que podía abrirse con una cremallera. Con su cabellera rojiza cayendo sobre sus hombros, parecía una leona, un animal de circo.

Catelan paseó a su esclava por toda la estancia. Vic pudo admirar el balanceo de las grandes tetas de Dorothy, sus generosas nalgas, separadas por una fina franja de látex. La dueña arrastró a su «perra» por entre los muebles, haciendo que sus tacones repiquetearan sobre el *parquet*. Con la punta de su látigo, señaló el paquete rectangular que Vic tenía en las rodillas.

—Ya veo que ha encontrado lo que le había pedido. Voy a poder darle la última lección a la pequeña.

Esbozó una sonrisa cruel que hizo temblar a Dorothy, cuyos ojos revelaban una sorda angustia. Levantó un rostro suplicante hacia su dueño.

—¿Qué querer hacerme a mí? Tengo miedo. Yo querer...

Catelan la interrumpió haciendo chasquear el látigo contra su bota.

—¡Cállate! ¡No quiero oír ni una sola palabra! Abrirás la boca cuando te lo diga y no precisamente para hablar. ¿Entendido?

Dorothy movió la cabeza de abajo arriba, luego bajó la barbilla. Sus cabellos rojos ocultaron su rostro. Vic se echó hacia un lado para distinguir los pechos que colgaban pesadamente, con los pezones rígidos. Catelan ordenó: —Demuestra al caballero que estás bien domada. Desea ver tus ubres.

La joven se puso a cuatro patas entre las piernas de Vic. Catelan agitó la cadena, golpeando con ella el hombro de Dorothy.

—¡Vamos, exhibete, enseña las tetas!

La muchacha se incorporó y arqueó los lomos para presentar su pecho. Los senos eran comprimidos por las tiras de cuero, que los hacían parecer más grandes aún. Los pezones estaban hinchados, del tamaño de la uva. Vic los lomó entre sus dedos, los pellizó, los estiró, arrancando un gemido a la muchacha.

Inmediatamente, el látigo de Catelan cayó sobre su culo, dejando unas largas marcas blancas que pronto se pusieron violáceas.

—He dicho que no quería oírte. Eres una perra, tienes derecho a ladrar, a gemir y lamer, eso es todo.

Golpeó el prominente trasero. Con las mandíbulas prietas, haciendo una mueca, Dorothy se tragó sus quejas. El correctivo que Catelan le infligía se la puso dura a Vic. Con la verga apretada por sus pantalones, seguía magreando la piel granulosa de las areolas de la muchacha. Catelan suspendió el castigo y agitó la cadena.

—¡Ábrele la bragueta y sácale la polla!

Como no obedeciera con bastante rapidez, Dorothy recibió un latigazo, los azotes de cuero se enrollaron en sus muslos, surcándolos con unas marcas rojizas. La inglesa sacó la picha y los cojones del hombre y comenzó a manosearlos enseguida, creyendo complacer a su dueña. Pero el látigo cayó sobre su trasero.

—¡Chupa, perra! ¡Lámele la estaca!

Dorothy descapulló el glande antes de tomarlo en su boca. Sus enfurruñados labios se redondearon para ajustarse a la gruesa picha. Vic adelantó la pelvis para hundirse en la cavidad llena de saliva. La melena pelirroja le acariciaba los cojones.

Catelan alentó a su esclava con unos ajustados latigazos. Apuntaba a la raya. Los azotes chasquearon con sordo ruido contra la franja de látex que separaba las abundantes nalgas.

—¡Esa saliva, perra! Si chupas bien el hueso, recibirás el tuétano.

Con las manos apoyadas en los brazos de cuero del sillón, Vic se abandonó admirando el trabajo de la joven inglesa con su polla. Hacía ir y venir el pedazo de carne entre sus pulposos labios, llenándolo de una cálida baba que corría hasta sus cojones. De vez en cuando, abandonaba el glande para cubrir el tallo de viscosos besos que le arrancaban gruñidos de satisfacción. Celebraba la educación que Catelan había inculcado a su joven protegida, a fuerza de zurras y castigos.

La mujer había dejado el látigo para desenvolver el paquete que Vic llevaba consigo. Sacó del envoltorio un largo consolador provisto de correas. El objeto era la fiel reproducción de un sexo en erección, no faltaban los pliegues del glande, ni las venas, ni los cojones.

Y estaba hecho con un material que imitaba la consistencia de un sexo. Catelan frotó el falso glande contra sus labios, luego lo lamió, con los ojos entornados, como si se tratara de una auténtica polla. Agarró a Dorothy del pelo y la obligó a soltar la picha de Vic.

—Lámelo. ¡Quiero que chorree saliva!

Con los labios brillantes, hinchados por la excitación, la pequeña inglesa miró pasmada el consolador. Su boca se redondeó pero, antes de que tuviera tiempo de protestar, Catelan le hundió el objeto entre los labios. Agitó el objeto en su boca. Dorothy no había soltado la polla de Vic y le masturbaba con gesto maquinal. Con la mano libre, Catelan le acariciaba la nuca como si se tratara de un animal.

—Está bien, eres una perra buena. Tu dueña te recompensará.

Catelan retiró el consolador de la boca de Dorothy, que la miró con inquietud.

—¿Qué va a hacer con eso? —preguntó con su particular acento.

—¡A ti que te importa! —replicó la mujer apoyándose en su cabeza para que tomara de nuevo a Vic en su boca.

Catelan hizo saltar los cierres de la entrepierna de su *body*. Se arremangó la prenda, exhibiendo su espesa maleza negra. Se sentó detrás de Dorothy, frente a Vic, se abrió la raja con una mano y, con la otra, se hundió el consolador en el coño. El hombre podía ver la falsa cola que dilataba la vulva repleta de melaza. La barra de

látex se hundió. Catelan lanzó un gemido de placer. Con el consolador clavado en sus entrañas, tendió el brazo para abrir la cremallera de los calzones de Dorothy. El sexo rodeado de largos pelos rojos brotó de la prenda partida en dos. Catelan introdujo sus dedos en la dilatada vulva, haciendo caer gruesas perlas de humor. No le costó forzar el himen, virgen todavía, de la muchacha.

—Estás en celo, perrita. Te penetraré como si fueras mantequilla.

Se quitó el consolador del coño, se incorporó y ató la falsa polla, llena de secreciones, alrededor de su cintura. Parecía así un ser híbrido, tan viril como femenino. Se acercó al culo de Dorothy, que seguía mamándosela a Vic. Cuando la muchacha sintió la punta del consolador tropezando con su vulva, quiso incorporarse, pero Vic se lo impidió agarrándola por los pelos.

—Es hora ya de que pierdas la flor... ¡Sigue chupando, pero cuidado con morderme!

Catelan frotó el glande de látex contra la raja sexual, aplastando los labios mayores. Apuntó al centro del orificio y empujó. Vio como el anillo de carne se dilataba, como el himen se desgarraba luego para permitir la entrada del consolador que se hundía, inexorablemente, en el vientre de Dorothy. Tomó a la joven inglesa por las caderas y se zambulló en ella hasta que los pelos de su pubis le frotaron las nalgas. Comenzó a jodería sin esperar más.

Vic podía ver sus pesados pechos, que se agitaban al compás de los pistonazos, bajo el tejido transparente del *body* rosado. Cada vez que ella se hundía en el coño de Dorothy, ésta iba a empalarse en la polla de Vic. La muchacha gruñía de placer, poseída por dos pollas, que la llenaban.

Catelan sacudió la cadena para golpear la espalda de la inglesa, como un cochero que azuzara su caballo. Sus descompuestos rasgos revelaban su excitación. Llena de frenesí, se creía un hombre.

—¿Sientes mi polla, perra? Te está deshollinando, ¿verdad? Vamos, a mover ese culo, ¡Y chupa!

Vic, vestido todavía, y las dos mujeres cubiertas de cuero formaban un extraño grupo en medio de aquel salón, acomodado y burgués. Dorothy parecía un animal extrañamente enjaezado. Las correas de cuero destacaban de modo obsceno sobre la piel lechosa, cubierta de pecas. Ahora, el consolador se deslizaba por su coño con lodoso chapoteo. La pequeña inglesa arqueaba los riñones y se abría la vulva con ambas manos, para mejor ofrecerse.

Catelan, absolutamente fuera de sí, la insultaba destrozándole el sexo con sus golpetazos. Le hundía también las largas uñas pintadas de carmín en las nalgas. Pese al tratamiento, Dorothy comenzó a gozar. Vic ahogó sus gruñidos de placer inundándole la boca con un abundante trago de esperma.

Tras haber descargado, se abrochó y abandonó a Dorothy a las fantasías de su insaciable dueña.

**E**L sábado siguiente, a través de Vic, Catelan invitó a la señora de Saint-Algue a tomar el té. La librera tuvo que cerrar la tienda para satisfacer las exigencias del detective.

Catelan la recibió como una antigua amiga. Llevaba un vestido rojo muy ceñido, que ponía de relieve sus sensuales formas. Una ancha cinta del mismo color sujetaba su espesa cabellera negra. Hizo entrar a la librera en el salón, luego fue a reunirse con Dorothy en la cocina.

El salón era una vasta estancia con artesonado de madera clara y *parquet* tabicado. El centro lo ocupaba un imponente sofá de cuero marrón ante el que había una mesa de marquetería. En un rincón había una mesa de *bridge* rodeada de sillas con el respaldo acolchado. La estancia estaba separada del comedor por grandes puertas acristaladas, provistas de gruesas cortinas granate. Desde donde estaba, Vic podría observar lo que ocurriera sin ser visto. Leía la creciente inquietud en el rostro de la señora de Saint-Algue. Sentada en el sofá, muy rígida con su traje sastre violeta, lanzaba intrigadas miradas a su alrededor.

Vic oía las voces de Catelan y de la inglesa, que llegaban desde la cocina.

—Pero señorita, me da mucha vergüenza. ¡Esta falda es demasiado corta! —se quejaba Dorothy en su francés aproximado.

—¡Estás muy bien así! —replicó Catelan—. ¡Servirá perfectamente!

Vic oyó las protestas de la muchacha. Reprochaba a Catelan que hubieran ensanchado la cintura de la falda, pero que no la hubieran alargado como había prometido. Catelan le cerró la boca en un tono que no admitía réplica.

—¡Basta ya! Mi invitada ha llegado, no tienes ya tiempo de cambiarte. ¡Ve a llevar el té al salón!

Vic comprendió el embarazo de la joven inglesa cuando la vio aparecer ceñida en un uniforme negro de criada demasiado estrecho para ella. Su pecho casi salía del escote. La minúscula falda, tensada por el prominente trasero, le llegaba a ras de nalgas y descubría sus carnosos muslos. En la espalda, un gran lazo sujetaba un pequeño delantal blanco. Estaba muy provocadora. Para completar el atavío, la señorita Catelan le había hecho peinar los cabellos en dos trenzas pelirrojas, que le daban un aspecto de chiquilla perversa.

Dorothy se inmovilizó al distinguir a su antigua patrona. Sorpresa compartida por la librera, que cada vez comprendía menos el objetivo de aquella puesta en escena. La inglesa vaciló en el umbral de la habitación, pero Catelan la empujó para que entrase. La muchacha se inclinó para depositar la bandeja con el té en la mesita baja, lo que tuvo por efecto desvelar su trasero comprimido por unas bragas de un negro transparente. Volvió a incorporarse rápidamente y salió de la estancia ante los incrédulos ojos de la señora Saint-Algue.

La señorita Catelan se sentó junto a su invitada y fingió preocuparse por su turbación.

Le hablaba en un tono meloso, con forzado interés.

—Pero ¿qué le sucede, querida amiga? Está muy pálida. ¿Se encuentra usted mal?

La mujer no supo qué responder, no comprendía en absoluto el juego perverso al que le habían invitado. Catelan le hizo algunas preguntas triviales. Con las piernas púdicamente cruzadas, el busto erguido, parecían dos elegantes beatas hablando de las modalidades de la próxima fiesta parroquial. Luego, Catelan tomó una campanilla de plata y la agitó. Apareció Dorothy.

—Dorothy, sírvenos el té —ordenó Catelan.

La inglesa y la librera, a cual más incómoda, intercambiaron una turbada mirada. En su escondrijo, Vic se había sentado confortablemente en un sillón, para gozar del espectáculo que Catelan dirigía con mano maestra. En su rostro se leía el artero placer que le producía la turbación de sus víctimas.

La señora de Saint-Algue mordisqueaba una galleta, sin dejar de echar circunspectas miradas a su alrededor. Dorothy no se daba cuenta de nada, absorbida en exceso por su deseo de cumplir bien con su servicio. Vertió el té en las tazas de porcelana. Al dejar la tetera, Catelan hizo caer la tapa del azucarero en el plato que contenía la nata. Eso salpicó a las comensales.

—¡Pero qué torpe soy! —exclamó Catelan—. ¡Nos hemos manchado! Hay que limpiarlo enseguida. Dorothy, ve a buscar un trapo húmedo.

Cuando la muchacha regresó a la habitación, encontró a Catelan, en tanga y sujetador sin tirantes, limpiando su vestido. Con las mejillas arrojadas, la señora de Saint-Algue no apartaba los ojos del plato.

—¡Bueno, no me mires así! —le soltó Catelan a la inglesa—. Sé útil, ayuda a la señora a limpiarse.

Con torpeza, la muchacha frotó con el trapo las manchas del traje de la mujer.

—También tiene en la blusa —exclamó Catelan—. Quítese la chaqueta.

La librera rechazó la invitación.

—No es nada, ya lo haré en casa. No se preocupe.

Catelan repitió su oferta con voz dura, como si diera una orden. La señora de Saint-Algue comprendió que debía plegarse a las fantasías de su anfitriona. Cuando se hubo quitado la chaqueta, Catelan condujo la mano de Dorothy hacia su pecho.

—¡Vamos, limpia! ¡Frota bien, que salga todo!

Mientras la inglesa lo hacía, Catelan metió la mano por el escote de la blusa de la librera y desabrochó un botón.

—Mejor sería quitársela, querida amiga, resultaría más práctico.

Dócil, la librera se quitó la blusa y se la tendió a la joven inglesa. Sus pechos, encerrados en un sujetador de encaje blanco, mostraban dos areolas oscuras. Dorothy se empeñaba en hacer desaparecer las manchas, pero quedaban cercos. Catelan pareció contrita.

—Lo siento tanto, quedan rastros. Tal vez así... con saliva, dicen que disuelve muy bien las manchas.

Se inclinó sobre el pecho de la señora de Saint-Algue y comenzó a lamer entre los pechos para hacer que desaparecieran unas manchas imaginarias. Dorothy la vio pasar la lengua por el busto de la librera, cuyos pezones sobresalían en el tejido del sujetador. Catelan había posado su mano en el muslo de la mujer y subía lentamente hacia la entrepierna. La librera no se atrevía a protestar. Sus labios fruncidos y su respiración más pesada, revelaban su agitación.

Catelan se incorporó y fingió advertir la presencia de Dorothy.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí todavía? Ya ves que la señora y yo tenemos cosas que decirnos. Ve a lavar los platos.

En su sillón, Vic, excitado, se acariciaba a través de sus pantalones. Alcanzó a la muchacha, que le miró con estupor.

—*You? What do you do here?*

—¡Soy el invitado sorpresa! Y como soy el invitado, te ocuparás de mí mientras tu patrona se atarea con ella.

La estrechó contra su pecho, le puso las manos a la espalda para bajar la cremallera de su falda. Ella se defendió blandamente, no le costó demasiado quitarle la prenda.

—Eso es, déjame hacer... Así está bien, te estás convirtiendo en una verdadera mujer.

Muy colorada, ella dejó que la desnudara. Sólo le dejó las bragas, a través de las que se distinguía la mancha oscura de sus pelos. La tomó por el codo, la condujo a la sala de estar, volvió a instalarse en su sillón. Tomándola por la cintura, la atrajo contra sus muslos. La obligó a mirar al salón.

Catelan había terminado de desnudar a la librera. En pelotas, la señora de Saint-Algue miraba con una mezcla de aprensión y fascinación a la mujer arrodillada entre sus muslos. Catelan pasaba sus uñas pintadas de rojo a lo largo de su raja, dibujando los contornos de la vulva. Cuando le apartó los labios vaginales, la otra intentó soltarse.

—Por favor, déjeme.

—Vamos, déjame hacer. Sabes muy bien que te interesa ser amable con lo que sabemos de ti —replicó Catelan.

Le metió dos dedos en el coño y comenzó a masturbarla. La librera cerró los ojos, dejándose llevar por el placer que Catelan le imponía.

Dorothy miraba, fascinada. Vic puso la mano en su muslo y fue subiendo. Por fin podía tocar aquella piel tibia, dulce, que deseaba desde el comienzo. Acarició lentamente la pierna. Sus dedos llegaban más arriba, a cada paso. Rozaron el húmedo fondillo de las bragas de la joven inglesa y Vic se inmovilizó, con la mano en lo alto de los muslos y el canto en contacto con el sexo, que iba humedeciéndose cubierto por la delgada prenda.

En el salón, Catelan masturbaba a su víctima cada vez más deprisa. Se inclinó hacia el bajo vientre de la librera y le lamió la vulva a grandes lengüetazos. Con las manos, le acariciaba los muslos y el nacimiento de la raya. Tumbada en el sofá, abriendo al máximo las piernas, la señora de Saint-Algue se ofrecía sin trabas.

En su escondrijo, Dorothy y Vic seguían la escena. Con la mano entre los muslos de la inglesa, sintió que sus bragas iban empapándose. Liberó el sexo con la mano libre.

—Ya has mirado bastante, ha llegado el momento del trabajo práctico. Vamos, tómala en tus manos.

Dorothy contempló la gran seta de carne que sobresalía del pantalón del hombre. Como vacilara, él la amenazó.

—Obedece, de lo contrario...

Domada, aproximó la mano con timidez. Él le tomó la muñeca y la dirigió hacia su polla.

—Aprieta, no tengas miedo, no va a morderte.

Cerró los dedos de Dorothy alrededor de su verga y le hizo efectuar unos movimientos de arriba abajo. Pese a su vergüenza, la joven no podía apartar la mirada del grueso glande, que aparecía y desaparecía con regularidad. Olvidaba contemplar lo que ocurría en el comedor. Vic la soltó y ella siguió masturbándole. Llevaba por fin a la práctica lo que había visto en las revistas que la señora de Saint-Algue vendía. Cuando le tocó la vulva a través de las bragas, abrió instintivamente las piernas. Él hizo resbalar el índice a lo largo de la húmeda raja, arrastrando el tejido, y comenzó a cascarle lentamente una paja.

En el salón, la señorita Catelan se atareaba, metiendo y sacando la lengua del coño de la librera, cuyos labios mayores brillaban de saliva. Con el pulgar, Catelan le acariciaba el clítoris. La señora de Saint-Algue seguía protestando vagamente, mientras arqueaba los lomos para ofrecer su sexo.

Cuando Vic advirtió que no tardaría en gozar, abandonó el sexo de Dorothy, la agarró por una de las trenzas y la obligó a inclinarse sobre su bajo vientre.

—Vamos, tómame en tu boca. Haz como en las fotos que miras a escondidas.

Asustada, la muchacha luchó en silencio, pero él tiró de su pelo hasta que cedió. Con la mano libre, condujo su polla hacia la boca de la muchacha, metió el glande entre los labios cálidos y lo hundió.

—Chúpame, haz que tu lengua gire alrededor de mi picha. Lame como si fuera un helado.

Sintió que ella le aspiraba, que le pasaba la lengua por el glande. La tomó por las rojas trenzas y la condujo, obligándola a hacer resbalar sus labios por toda su polla. Ella se abandonó y lo lamió con una torpeza que le excitó más aún.

Vic contemplaba a Catelan lamiendo a la librera, que gemía y se retorció bajo los lengüetazos. Movié las caderas, frotando los labios de la inglesa. Se vació en su boca; sorprendida, la muchacha no tuvo tiempo de retroceder. El esperma invadió su



paladar y la obligó a bebérselo todo, hasta la última gota.

En el comedor, la señorita Catelan aspiraba golosamente la melaza que escapaba de la vulva de la señora de Saint-Algue, que gozaba ruidosamente.

**E**L señor Lenoir se mesó la barba contemplando las fotos. Comprendía ahora por qué Vic había insistido en verle en su casa. Sobre el grueso cristal de su mesa de despacho estaba la colección de fotografías en la que se veía a Armande Lenoir en compañía de los dos alumnos.

El hombre llamó a su secretaria, le pidió que le sirviera un whisky. Se tomó tiempo para reflexionar, examinando de nuevo la serie de fotografías. Mientras tomaba su copa, Vic se preguntó cuál iba a ser su reacción. El barbudo le hizo algunas preguntas.

—¿Dice usted que actúa con ellos como si fueran sus hijos?

Vic asintió contando otra vez la escena que había sorprendido en casa de los Lenoir.

—A fin de cuentas, tiene la misma fijación que yo con los compañeros muy jóvenes —concluyó el señor Lenoir con aire soñador.

Vic advirtió que su mirada brillaba. El hombre se tomó su tiempo, antes de soltar: —¡Quiero ver cómo se acuesta con esos chiquillos!

Vic esperaba algo así. Con un cliente tan retorcido como Lenoir, no era sorprendente. El barbudo prosiguió: —Con esas fotografías, no le será difícil obligarla a hacer lo que quiero.

Vic comprendió el partido que podía sacarle a la situación. Podía así satisfacer a dos clientes al mismo tiempo. Le explicó su idea a Lenoir.

Un día, Vic se presentó en casa de los Lenoir sabiendo que Armande estaría sola. Por la puerta entornada, protegida por una cadenita, la señora Lenoir le preguntó qué quería. Llevaba una bata blanca, sin mangas; él respondió que estaba interesado en el apartamento de la calle Viete.

—No está en venta, ni se alquila —dijo Armande intentando cerrar la puerta.

Él fue más rápido e introdujo la punta del zapato en la rendija.

—No me interesa el apartamento sino lo que usted hace en él.

Ella le miró, incrédula. Un brillo de pánico pasó por su mirada, luego se sobrepuso.

—Ignoro a qué se refiere usted. Lo que hago en mi casa es cosa mía.

—Creo que también es cosa de su marido y de los padres de los chiquillos —le dijo introduciendo una fotografía por la abertura.

Armande se puso pálida al reconocerse lamiendo el sexo de Julien y de su camarada. Se trastornó tanto que la fotografía le cayó de las manos.

—¿Cómo la ha conseguido?

Y antes de que él respondiera, prosiguió: —Escuche, puedo darle dinero. ¿Cuánto

quiere?

Vic sonrió al comprobar con qué rapidez se había sobrepuesto. Sacudió la cabeza.

—¡No es el dinero lo que me interesa!

Ella le miró por la estrecha abertura. Se mordió los labios y su rostro adquirió algo más de color. Vic no dijo nada, saboreando su angustia. Ella bajó la mirada para murmurar: —Ya veo... Creo que he comprendido...

Quitó la cadenita y abrió la puerta. Pero Vic permanecía en el umbral, silencioso aún. Le gustaba prolongar el instante en que su presa abandonaba la lucha y se le ofrecía. Recogió la foto, le dio la vuelta y se la tendió a Armande. Había algo garabateado al dorso.

—No es el momento, señora Lenoir. Cuando se lo diga, preséntese usted en esta dirección. Sea puntual, de lo contrario, enviaré por correo un sobre lleno de interesantes fotografías a su esposo.

Al anoecer del día acordado, la señora Lenoir se hizo llevar por un taxi hasta una mansión particular de Neuilly. La casa pertenecía a un amigo de Lenoir que estaba en el extranjero. Se levantaba en medio de un jardín a la francesa, impecablemente podado. La alta fachada de piedra estaba provista de inmensas cristalerías, violentamente iluminadas.

Seguida por Vic, la señora Lenoir penetró en el vestíbulo de suelo de mármol. A la alta mujer morena le costaba disimular su preocupación detrás de su aire altivo. Vic la llevó por un corredor decorado con muchos cuadros antiguos y con el suelo cubierto por una gruesa alfombra. Penetraron en un tocador donde les aguardaba la señorita Catelan, que había aceptado con entusiasmo el papel que Vic le había propuesto.

A Armande Lenoir le sorprendió el atavío de la joven. Llevaba ropa de otro tiempo; una falda estrecha que le llegaba a los tobillos, un cardigan de lino con cuello alto y unos botines de cordones, que afinaban sus tobillos. La espesa cabellera morena estaba peinada en un moño, lo que le daba un aire severo que aumentaban las finas gafas de montura dorada. Su maquillaje era muy discreto, sólo una capa de base que daba una blancura artificial a su piel. Llevaba una fina fusta de madera forrada de cuero, con la que se golpeaba suavemente la palma de la mano. Parecía una maestra de internado femenino.

Sorprendida, la señora Lenoir la miró de los pies a la cabeza. Vic la devolvió a la realidad mostrándole un vestido con miriñaque.

—Desnúdese y póngase esta ropa, señora Lenoir.

La joven le hizo frente apretando los puños con fuerza.

—Si tiene que abusar de mí, hágalo lo más rápido posible, pero deje esa mascarada.

Por toda respuesta, Catelan le golpeó las nalgas con la fusta.

—¡Abusaremos de usted como nos plazca! Mejor sería que obedeciese enseguida si no desea que alguno de sus conocidos reciba estos documentos.

Catelan blandió una ampliación de una de las fotografías de Vic, en la que Armande Lenoir se la estaba chupando a los dos adolescentes. Ambas mujeres se miraron, los ojos de Armande relampagueaban. Finalmente, capituló. Inclinando la cabeza para evitar la mirada de sus torturadores, comenzó a desnudarse. Cuando estuvo en ropa interior, Catelan ordenó: —¡En pelotas! Quíteselo todo, la disfrazaremos de los pies a la cabeza.

Armande volvió la espalda a Vic para quitarse la lencería. El detective admiró su fino talle, que acentuaba la redondez de sus nalgas y sus largas y torneadas piernas. Se sentó en un pequeño sillón de respaldo redondo para contemplar como la vestían.

Catelan hizo que Armande se pusiera unas medias de malla negra, fijándolas por medio de ligas blancas adornadas con encaje rosado, y unos anchos calzones, abiertos por delante y por detrás, que llegaban a medio muslo. Luego aprisionó su talle en un corsé decorado con cintas rosas y blancas. Apretó mucho la prenda, que sólo ocultaba la parte inferior del pecho de Armande, hinchándolo en exceso.

La señora Lenoir se abandonaba como una muñeca gigante. El rubor de sus mejillas revelaba la turbación que iba apoderándose de ella, muy a su pesar. Mientras la vestía, Catelan le rozaba el sexo, le tocaba el pecho, haciendo nacer solapados estremecimientos en sus riñones. Introdujo la mano en la raja de los calzones, buscando la vulva. Palpó la carne húmeda, encontró la empapada raja.

—¡Está usted muy húmeda, señora Lenoir! ¿Acaso la situación la excita?

Con las mejillas arreboladas, la mujer se defendió.

—No, es el calor.

—Vamos, busque algo mejor, sé reconocer a una mujer caliente —se burló Catelan hundiendo el índice entre los labios mayores empapados de zumo.

Para humillar a su víctima, la masturbó con rápidos dedos. Puso el mango de su fusta bajo el mentón de Armande, obligándola a levantar la cabeza.

—Míreme a los ojos y atrévase a decir que no está excitada.

La morena la contempló con mirada vidriosa. Frunciendo los labios, contenía los gemidos que aquellos tocamientos hacían nacer en su garganta.

—Reconoce que te gusta —soltó Catelan.

La señora Lenoir balbuceó un débil sí, pero su perseguidora la obligó a decir, en voz alta e inteligible, que sentía placer. Satisfecha, Catelan la soltó para ponerle el vestido. Era un elegante atavío adornado con cintas de seda rosa y finos encajes. La parte alta, muy descotada, dejaba ver el profundo surco entre los pechos de Armande y sus redondos hombros. El vestido terminaba en una vasta campana que ocultaba todas las piernas.

La señora Lenoir se puso un par de botines de alto tacón. Para completar su aderezo, Catelan ató sus largos cabellos oscuros con una cinta blanca y le puso al cuello una cadenita con un camafeo de color púrpura.

Con el sexo hinchado, Vic contemplaba a ambas mujeres, que parecían surgidas de una obra de la condesa de Ségur. Catelan miró a la señora Lenoir con ojos críticos.

—Bueno, así servirá. Venga por aquí, es el momento de entrar en escena. Su público debe de estar impacientándose.

Se dirigió hacia la puerta, pero Armande la retuvo.

—¿Qué espera de mí?

—Nada complicado. Ofrecemos una pequeña representación teatral en la que usted hará un papel —respondió Catelan abriendo la puerta—. Ese es el escenario, la decoración es la de un aula. Yo soy la maestra, usted será la madre de mis alumnos.

Armande miró a Catelan como si se las viera con una loca. Comprendió que la mujer no bromeaba y que debía plegarse a sus excentricidades. Se encogió de hombros.

—Pero ¿qué tendré que hacer?

—No se preocupe por el texto, límitese a ser natural.

Sin darle tiempo de hacer otra pregunta, empujó a la señora Lenoir hacia la habitación contigua.

**L**AS dos mujeres entraron en una habitación dividida en dos por un pesado cortinaje rojo. La parte donde se hallaban parecía vagamente un aula. Dos antiguos pupitres de madera, cubiertos de raspaduras y manchas de tinta, estaban frente a un caballete en el que había una pizarra. El resto del mobiliario estaba compuesto por un canapé en forma de S, con patas de caoba finamente esculpidas; un sillón antiguo de madera pintada, forrado con un tejido floreado, en el que dormía un gran gato negro; una mesa de despacho Luis XIV, con un cilindro en el que había una estatua de mármol que representaba una cierva y su cervatillo; y un reclinatorio curiosamente dispuesto al pie de un cuadro en el que se veían dos mujeres desnudas estrechamente abrazadas. El lugar, más que un aula, parecía la sala de estudio de una mansión rica.

La señorita Catelan se colocó junto a la pizarra y, con su fusta, señaló el sofá a la señora Lenoir, cada vez más incómoda. Armande se sentó en el diván, ante la mirada inquisidora del micifuz, que había despertado cuando ambas mujeres entraron.

Con la bola de cobre que protegía el pomo de su fusta, Catelan golpeó la pizarra. Una serie de golpes seguidos y, luego, tres golpes espaciados, como al comienzo de una representación teatral. La gran cortina se corrió desvelando lo que, para Armande Lenoir, parecía un inmenso agujero negro. Los focos dirigidos al escenario le impedían ver al público. Pues Armande no dudaba de que, en la oscuridad, varias personas la observaban. Sentía sus concupiscentes miradas sobre su pecho, puesto de relieve, exageradamente, por el vestido que le habían obligado a ponerse.

Pero sus emociones no iban a terminar ahí. Catelan acababa de agitar una campanilla de plata y se abrió una puerta. Entraron dos adolescentes, un muchacho y una niña. La niña no era otra que Dorothy. Con su pelo rojo peinado en dos trenzas, su largo vestido de volantes y su enorme lazo de terciopelo rosa a la cintura, parecía mucho más joven. El muchacho llevaba un traje de marinero de opereta, una gorra con pompón y calzones cortos. Pese a su ridículo disfraz, Armande palideció al verle. Se trataba de Julien, el alumno rubio que ella llevaba al apartamento de la calle Viète.

Dorothy tomó sus faldas e hizo una reverencia.

—¿Nos necesita usted, maestra? —preguntó con una voz de chiquilla aumentada por su acento inglés.

—Sí, Dorothy, es hora ya de que tu hermano y tú mostréis a vuestra madre lo que habéis aprendido.

Luego se volvió hacia Armande y añadió: —¿No es cierto, señora condesa?

La señora Lenoir lanzó una desolada mirada al gran agujero negro que tenía enfrente. Comprendió que no podía esperar ayuda alguna de ese lado. Resignada, decidió interpretar el papel que le imponían.

—Quiero comprobar el progreso de mis hijos —respondió con voz neutra.

—Muy bien, comenzaremos con el cálculo —anunció Catelan—. Dorothy, Julien, sentaos.

Los niños se colocaron en el mismo banco de madera y levantaron el pupitre para sacar una pequeña pizarra y un pedazo de tiza. Interpretando con seriedad su papel, se volvieron hacia la «maestra», que comenzó la lección de cálculo. Les anunciaba una operación, les daba unos segundos de reflexión y, luego, golpeaba la pizarra con la fusta. Al oír la señal, los «alumnos» escribían el resultado en su pizarra. Todo fue bien hasta las divisiones. Julien hizo varios errores que encolerizaron a Catelan.

—No ha repasado usted, jovencito —dijo con voz falsamente enojada—. Merece un castigo. ¡Póngase en posición!

Con la cabeza baja, el muchacho fue a arrodillarse en el reclinatorio. La «maestra» se colocó a sus espaldas y le azotó los muslos.

—¡Quítese los calzones! No imagine que voy a castigarle a través de la ropa, ¡sería demasiado fácil!

Dócilmente, Julien se bajó los calzones y los calzoncillos, mostrando sus pequeñas nalgas redondas y firmes. Tenía un aspecto ridículo con su disfraz de marinero. Sin embargo, la escena turbaba a la señora Lenoir, cuyo pecho, hinchado por el corsé, subía y bajaba cada vez más deprisa. No podía apartar los ojos de las nalgas blancas y los muslos entre los que percibía el blando sexo del muchacho. Catelan le tendió la fusta.

—A usted le toca, señora condesa.

Armande se sintió mal y movió la cabeza de izquierda a derecha.

—No, no puedo.

Catelan la obligó a levantarse y le puso la fusta en la mano.

—Vamos, es su hijo, a usted le toca castigarlo. Como dicen: quien bien te quiere te hará llorar.

Armande vaciló ante el trasero de Julien. Sentía que todo el mundo estaba mirándola, incluidos los misteriosos espectadores. Desde el lugar donde se hallaba ahora, podía ver el bajo vientre del muchacho. Con gran sorpresa por su parte, advirtió que la verga se erguía. El muchacho contemplaba el cuadro en el que dos mujeres se besaban y se magreaban. Pese al correctivo que iba a recibir, estaba excitado. Aquella visión incitó a Armande que, sin darse mucha cuenta de lo que hacía, golpeó con la fusta las nalgas de Julien. No lo había hecho con fuerza y el muchacho ni se inmutó. Tranquilizada, golpeó de nuevo. No era tan difícil como creía. Poco a poco, la dominó un placer abyecto. Sus golpes se hacían más fuertes. Le pasmó comprobar que la erección de Julien aumentaba. La polla se había erguido, rígida, descapullada. Debajo, los cojones, casi lampiños, se balanceaban a cada azote.

Armande sintió que su raja chorreaba. Arrastrada por la excitación, olvidaba que estaban mirándola. Catelan tuvo que sujetar su muñeca para que el castigo cesara.

—Ya basta, ahora haremos un dictado. Julien, deja la ropa y vuelve a tu lugar.

Armande se sentó sin apartar su mirada de la verga del muchacho. Se moría de

ganas de que la jodieran. Con las nalgas enrojecidas por el castigo, Julien se sentó en el banco, junto a la pequeña inglesa. Hizo una mueca cuando la punta de su polla golpeó el pupitre.

Como si nada ocurriera, Catelan prosiguió su lección. Tomó un libro antiguo encuadernado en cuero y comenzó el dictado, girando alrededor de sus alumnos, haciendo sonar los tacones de sus botines en el encerado *parquet*. Leyó, deteniéndose a cada palabra, un poema en prosa de Baudelaire.

—«Avanza, balanceando blandamente el delgado torso sobre sus anchas caderas. Su ceñido vestido de seda, claro y rosado, destaca vivamente sobre las tinieblas de su piel y moldea con exactitud su largo talle, su curva espalda y su puntiagudo pecho...».

En su rincón, Armande Lenoir intentaba en vano perforar las tinieblas que envolvían a los espectadores. De vez en cuando, percibía un murmullo o un gruñido, pero nada más. Se sentía cada vez más excitada por la situación. El papel que le hacían representar no le disgustaba y saberse observada por algunos desconocidos aumentaba su placer. De pronto, Catelan abatió su fusta sobre la pizarra de Dorothy, arrancándole un grito de sorpresa: —La señorita Dorotea parece desdeñar las más elementales reglas de ortografía. ¡Es usted una inútil! Merece el mismo castigo que su hermano.

A la pobre inglesa le costaba mucho manejar la lengua francesa. Sin protestar, se dirigió al reclinatorio, se arrodilló en el almohadón de terciopelo granate y se arremangó, mostrando su carnoso trasero, libre de cualquier braga.

Esta vez se encargó la «maestra» de infligir el castigo. Con la palma de la mano, zurró vigorosamente a la muchacha. Armande miraba, subyugada por las anchas nalgas, que se enrojecían por efectos de los golpes. Como la muchacha estaba inclinada hacia delante, podía ver los bordes de su vulva rodeados de pelos oscuros. También Julien estaba fascinado. Con sus dedos manchados de tiza se masturbaba lentamente.

Catelan puso fin al castigo y señaló al muchacho.

—Puesto que Julien está en buenas condiciones, propongo que demos a sus hijos su primera lección de educación sexual. ¿Qué le parece, señora condesa?

Encantada por la perspectiva, aunque sin querer demostrarlo, Armande respondió: —Si cree que es necesario. La maestra es usted, me pongo en sus manos.

—Comencemos pues —dijo Catelan arrastrando a la joven inglesa hacia su seudo-hermano.

Les hizo sentar en su pupitre, para que todos pudieran ver el sexo. Tomó la verga del muchacho, cubrió y destapó el glande con el prepucio. Magreó la rígida polla, dirigiéndose a la muchacha en un tono doctoral.

—Fíjese bien, señorita, ése es el glande, en cuyo extremo se abre el meato; por ahí sale la orina y la simiente. Este pedazo de piel se llama prepucio. Y ahí debajo están los testículos, que vulgarmente se denominan cojones.



Inclinada sobre el sexo de Julien, la muchacha seguía aquellas explicaciones. Catelan hacía rodar las bolsas entre sus dedos, acariciaba el hinchado glande. Comenzó a masturbar el miembro, que se ponía cada vez más rojo.

—Eso es lo que debe hacerse para preparar al compañero. Inténtelo, Dorotea, es algo que toda muchacha debe saber hacer, es más importante que saber coser o cocinar. Vamos, tome mi lugar, cásquesela a su hermanito.

La «hermana» puso manos a la obra con apatía, haciendo aparecer y desaparecer en su puño el glande de Julien. Armande Lenoir se inclinó para ver mejor. Sentía escozor en la vulva, tenía ganas de masturbarse; los espectadores anónimos podían leerlo en su rostro.

Como una maestra abnegada, Catelan ayudaba a su alumna, acompañando su mano por el sexo de Julien. El muchacho, con los ojos cerrados y la gorra de través, gemía dulcemente. Cuando estaba a punto de gozar, la «maestra» golpeó con la fusta la mano de la «hermana».

—Despacio, tonta, iba a hacerle descargar prematuramente. Es preciso que, primero, él la toque a usted. ¡Vamos, levántese las faldas!

Dorothy lo hizo, arremangándose tanto como pudo. Julien y Catelan se inclinaron entre sus muslos. La falsa maestra pasó los dedos por los pelos rojos, abrió los labios mayores. Masturbó a la joven inglesa, comentando lo que estaba haciendo.

—Mire usted, Julien, esos pedazos de carne se llaman labios mayores. Es preciso separarlos para encontrar el orificio donde penetrar.

Tiró de las ninfas de la muchacha, mostrando su vulva, exhibiendo su orificio vaginal. Gruesas lágrimas de melaza brotaron del abierto agujero. Catelan hundió un dedo en el coño.

—¿Ves qué mojada está tu hermana? Es para facilitar la penetración. Mira con qué facilidad entra el dedo. Toma, pruébalo.

Dejó su lugar a Julien, que hundió el índice en el coño de su «hermana». La «maestra» tomó su muñeca obligándolo a meter y sacar el dedo. El muchacho representó su papel con complacencia, hurgando en Dorothy hasta que gozó, llenándole la palma de su pegajoso zumo. Catelan retrocedió, satisfecha.

—Parecís más aptos para esos manejos que para el cálculo y el francés. Ahora, vuestra mamá os enseñará cómo dar placer al compañero con la boca.

Le indicó a Armande que se acercara. La señora Lenoir se levantó como un autómatas. Catelan la obligó a arrodillarse y le forzó la cabeza hasta que tomó a Julien en su boca. Como si estuviera borracha, Armande se tragó el tenso glande, envolviéndolo con su lengua. Los labios se ajustaron a la verga y la aspiraron. Catelan le puso el mango de la fusta en la garganta para frenar su ardor.

—No tan deprisa, condesa, explique lo que está haciendo, no olvide que estamos dando una lección a sus queridos hijos.

Armande soltó a regañadientes la verga. Un hilillo de baba unió sus labios al glande de Julien. Se sentía frustrada al no poder lanzarse sobre aquella polla, pero su

vicioso espíritu prevaleció enseguida. Olvidando por completo que la miraban unos desconocidos, recuperó el tono que empleaba con los alumnos que llevaba al apartamento de la calle Viete. Entre dos lengüetazos, se dirigía a sus pseudo-hijos.

—Mirad cómo lo hace mamá, queridos. Pasa la lengua por todas partes, por el glande, a lo largo del tallo, pero también por los cojones. Hay que mojarlo todo con saliva, aunque huelga mucho, ahí, entre las nalgas.

Tendió la polla a la joven inglesa.

—Toma, Dorotea, haz como mamá, mámasela a tu querido hermanito. Haz como si fuera un helado, que se funda en tu lengua.

Julien perdió su gorra de marinero cuando la «hermana» comenzó a chuparle el glande. Armande le masturbaba al mismo tiempo, alentando a su alumna: —Está muy bien, querida mía; pasa la lengua por todas partes, lame los cojones de tu hermano.

Se inclinó para unir su boca a la de la inglesa; ambas lo lamieron ante la excitada mirada de Catelan, que se magreaba a través de la ropa. Sus lenguas, sus labios se tocaban. Adelantando el vientre, Julien gemía al borde del orgasmo. Catelan tomó a Dorothy en sus brazos, agarrándola de los pechos para hacerla retroceder.

—Deja que tu mamá termine, querida. Mira bien lo que una mujer de mundo debe hacer cuando su amante eyacula.

A regañadientes, la muchacha abandonó el miembro a Armande, que lo hundió en su boca hasta que la nariz rozó el pelo púbico. La señora Lenoir hundió sus mejillas, aspiró, mientras acariciaba los cojones de Julien, que empezó a gruñir. Un chorro de esperma invadió la boca de la «condesa», que aflojó un poco los labios para permitir que la verga eyaculase. Ante Dorothy y Catelan, estrechamente abrazadas, Armande bebió la simiente de la misma polla.

Se incorporó tras haberla limpiado con golosos lengüetazos. Catelan la empujó hacia Dorothy, sentada en el sofá.

—Ahora, su mamá le enseñará qué hay que hacer con una chica.

Armande sacudió la cabeza.

—¡No, no puedo! ¡Nunca lo he hecho!

De rodillas tras ella, agarrándola por la cintura con una mano y tirando con la otra de sus cabellos, Catelan la amenazó: —Vamos, señora condesa, dé buen ejemplo; de lo contrario, su reputación podría resentirse.

Empujó por la espalda a Armande, colocándola entre los muslos abiertos de Dorothy. Le forzó la nuca, aplastando su rostro contra la vulva llena de melaza.

—¡Vamos, señora condesa, lame! ¡Devórale la almeja!

Demasiado excitada para negarse, Armande Lenoir hundió su lengua en la vagina de Dorothy. Con la boca pegada a los labios vaginales, le lamió el sexo mientras Catelan le magreaba los pechos, haciéndolos salir del escote.

Armande se vio obligada a chupar a la joven inglesa hasta que un chorro de humor corrió por su barbilla. Catelan la liberó. Volvió a ponerse de pie, secándose la parte baja del rostro con el dorso de la mano. El deseo de hacer el amor le atenazaba

el vientre. Se volvió hacia Julien, que había recuperado fuerzas. Iba a lanzarse hacia la picha del muchacho cuando unos aplausos la petrificaron.

Con el corazón palpitante y la garganta seca, se volvió hacia la parte de la habitación que permanecía en sombras. Iluminados por una lámpara puesta en el suelo, Vic, Emile y su marido acababan de brotar de la oscuridad. Enarbolando su sexo, los tres hombres estaban sentados en unos confortables sillones Luis XVI. El señor Lenoir cumplimentó a su mujer: —Bravo, querida, serías una excelente madre. Y una actriz muy buena. Nos habéis ofrecido una representación que me ha gustado mucho.

Su vientre, manchado de esperma entre los faldones de su bata de seda, confirmaba esas palabras. Armande palideció. Sus piernas se doblaron; tuvo que sujetarse a uno de los pupitres para no caer. La invadió una oleada de sentimientos encontrados: frustración, excitación, vergüenza, cólera...

Catelan la tomó del codo y la empujó hasta los pies de su marido. Con lágrimas en los ojos, ella se asió a sus rodillas. Desconociendo en absoluto los retozos extraconyugales de su esposo, creyó que había montado aquella maligna farsa para castigarla. Le lanzó una mirada implorante.

—Te lo ruego, no tengamos aquí una escena. Regresemos, te lo explicaré todo.

El barbudo la estrechó contra sí, manchando de leche la delantera de su vestido. Se inclinó sobre ella para levantarle las faldas. Cuando se puso rígida, dijo: —Déjame hacer, querida. Todo será como al principio, podrás seguir acostándote con tus jóvenes amantes, pero lo harás ante mí. Quiero compartir tu placer.

Indicó a Catelan que se acercara, en compañía de Julien. Ella abrió la raja de los calzones de Armande y metió la mano entre sus muslos para abrirle el sexo. Con su mano libre, alentó al muchacho. Éste tomó a la señora Lenoir por las caderas y se clavó en su coño hasta los huevos. Comenzó a joderla con regularidad.

Con vicioso placer, el señor Lenoir vio nacer el goce en el rostro de su mujer. Cuando ella abrió los labios para dejar escapar un estertor voluptuoso, él le puso el glande en la boca.

—Chúpame, haz que me corra en tu garganta —susurró deshaciendo la cinta que sujetaba los largos cabellos de Armande.

Metió sus manos en la cabellera y la condujo a lo largo de su miembro. A cada pistonazo de Julien, los pechos de la mujer se aplastaban en sus cojones.

Catelan se había sentado en los brazos del sillón del cuñado de Vic. Se deslizó hacia la polla del gordo. Por su lado, con la suya en la mano, Vic se introdujo entre las piernas de Dorothy, que seguía derrumbada en el sofá. Ella misma tomó la picha que le ofrecían para hundírsela en la vagina. El hombre comenzó a joder mirando a Armande Lenoir, que se retorció de placer, emparedada entre Julien y su marido.

El «teatro de marionetas», según la fórmula de Vic, dio otras representaciones financiadas por el señor Lenoir. Catelan y él compartían la afición a las escenas escabrosas y se encargaban de los guiones. Dorothy y Armande eran las actrices

principales; Vic, por su parte, reclutaba los papeles secundarios. Los secretos que descubría durante sus investigaciones le permitían renovar la cuadra de jóvenes actrices. Gracias a Armande, la compañía tampoco carecía de muchachos de sexualidad siempre despierta.

Una noche, al regresar de su trabajo, Catelan encontró vacío su apartamento. Algunos objetos de valor y algún dinero habían desaparecido. Catelan, harta de la joven inglesa, se sintió casi aliviada por su huida. No la denunció. Vic hizo algunas investigaciones sin resultado alguno. Dorothy había vuelto, sin duda, a Inglaterra. Una joven china, recién llegada de su país, a la que Vic encontró en un hotel del distrito xx la sustituyó, poco tiempo después, al lado de Catelan. Eso produjo algunas representaciones de inspiración oriental que excitaron mucho a los miembros del «teatro».

Poco a poco, sin embargo, Vic se cansó, ya sólo participaba muy de vez en cuando en aquellas diversiones cuyo encanto no le hacía ya efecto, limitándose al lucrativo papel de proveedor de carne fresca. Los más empeñados eran Catelan y el señor Lenoir, que daban pruebas de una inagotable inventiva. Por lo que a Armande se refiere, nunca mostraba entusiasmo antes de las representaciones, pero la docilidad y la convicción con que interpretaba los más depravados papeles, revelaban la excitación que sentía al someterse a las fantasías de su marido.